

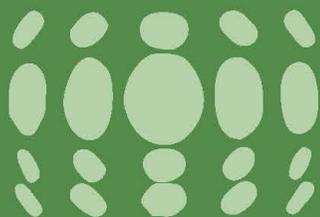


# BOLETÍN

49

Diciembre 2019

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA





Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA

(Periodo 2018-2019)

Directorio: Gloria Cabello, Simón Urbina, Carole Sinclair, Carolina Agüero y José Blanco.

(Periodo 2019-2020)

Directorio: Gloria Cabello, Simón Urbina, Carole Sinclair, Carolina Agüero y José Blanco.  
www.scha.cl

Editores: Roberto Campbell. Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.  
Daniela Valenzuela. Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica.  
Ayudantes de Edición: Antonia Escudero y Víctor Méndez.

Comité Editorial:

Carolina Agüero, Instituto de Arqueología y Antropología (IAA), Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

José Berenguer, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile.

Calogero Santoro, Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Lorena Sanhueza, Departamento de Antropología, FACSQ, Universidad de Chile.

Juan Carlos Skewes, Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.

Robert Tykot, Department of Anthropology, University of South Florida, Florida, USA.

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas.

Está indizado en *Anthropological Literature* y *Latindex-Catálogo*.

Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Toda correspondencia debe dirigirse al Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, al correo electrónico [schaboletin@gmail.com](mailto:schaboletin@gmail.com) o a través de [www.boletin.scha.cl](http://www.boletin.scha.cl).

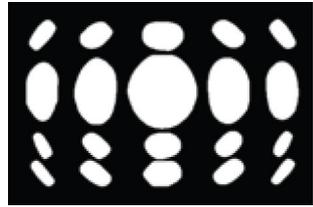
Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

ISSN 0716-5730

Diciembre 2019

Impresión

[www.EdicionesOnDemand.cl](http://www.EdicionesOnDemand.cl)



# 49 BOLETIN

Diciembre 2019

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA

# Índice

## ARTÍCULOS

- DISCURSOS ARQUEOLÓGICOS Y LA CREACIÓN DEL TIEMPO UNIVERSAL EN LA PREHISTORIA DEL DESIERTO DE ATACAMA, NORTE DE CHILE: REFLEXIONES EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN DEL PASADO 7  
Estefanía Vidal Montero

## REPORTES

- HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EN CONCEPCIÓN DE PENCO: RESULTADOS PRELIMINARES 27  
Pedro Andrade, Manuel Rojas, Lía Leyton, Leonardo Soto, Sergio Parra, Sebastián Santana, Katherine Fonseca y Gonzalo Bustos

## ENTREVISTA

- “SI LA ARQUEOLOGÍA NO ME SIRVE PARA ENTENDER LO QUE PASA EN MI PAÍS AHORA, DE VERDAD NO VALE LA PENA”. ENTREVISTA A LUIS GUILLERMO LUMBRERAS 37  
Patricia Kelly, Nicole Fuenzalida, Simón Sierralta, Sandra Rebolledo, Nicolás Águila y Jairo Sepúlveda

## COMENTARIOS

- COMENTARIO AL TEXTO DE KELLY, FUENZALIDA, SIERRALTA, REBOLLEDO, ÁGUILA Y SEPÚLVEDA (2019) “SI LA ARQUEOLOGÍA NO ME SIRVE PARA ENTENDER LO QUE PASA EN MI PAÍS AHORA, DE VERDAD NO VALE LA PENA”. ENTREVISTA A LUIS GUILLERMO LUMBRERAS 53  
Victoria Castro

- ARQUEOLOGÍA SOCIAL LATINOAMERICANA EN PALABRAS DEL PROFESOR LUMBRERAS: RETOMANDO LOS CAMINOS DEL ÍDOLO INVISIBLE. 56  
Dánae Fiore



## Editorial

Los tres trabajos contenidos en el número 49 del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología nos lleva a una suerte de empalme entre pasado y presente, a través de diferentes ángulos: ya sea a través de la reflexión sobre el rol del presente en las narrativas del pasado (Kelly et al.), las nociones y principios que subyacen los discursos arqueológicos del pasado (Vidal Montero), o la investigación arqueológica histórica del pasado reciente (Andrade et al.). Este empalme entre pasado y presente resulta especialmente relevante ante la contingencia social de Chile durante los últimos meses, desde el 18 de octubre de 2019.

La lúcida entrevista realizada por Patricia Kelly, Nicole Fuenzalida, Simón Sierralta, Sandra Rebolledo, Nicolás Águila y Jairo Sepúlveda al arqueólogo peruano Luis Guillermo Lumbreras en el año 2013 en la Universidad Alberto Hurtado, en Santiago, reflexiona sobre el rol de la arqueología en la sociedad más amplia. Su objetivo es analizar el surgimiento de la Arqueología Social Latinoamericana y problematizar su vigencia en el quehacer contemporáneo, en el contexto de la neoliberalización del país y del continente. Hace cuatro décadas del surgimiento de esta corriente teórica, hoy se hace más vigente que nunca la pregunta del rol de la arqueología en la sociedad, magistralmente expresado en las palabras de Lumbreras y que titulan el trabajo: “si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena”.

En otra línea, Estefanía Vidal Montero reflexiona sobre la articulación entre las narrativas del pasado y sus ritmos temporales, vista a través de un examen de las reconstrucciones arqueológicas del desierto de Atacama. Ella hace una genealogía de los discursos del pasado, y concluye que, pese a los diversos marcos teóricos que han primado en la arqueología, el tiempo histórico implícito en dichos discursos no ha cambiado mucho, un tiempo esencialmente unilineal, heredero de la modernidad. La autora acentúa los riesgos que esto conlleva en la uniformización de las visiones del pasado y, en cambio, propone el manejo de temporalidades más concretas.

Finalmente, el artículo de Pedro Andrade, Manuel Rojas, Lía Leyton, Leonardo Soto, Sergio Parra, Sebastián Santana, Katherine Fonseca y Gonzalo Bustos, titulado Historia y Arqueología de la Iglesia de San Francisco en Concepción de Penco: Resultados Preliminares, aborda los resultados de investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en la Iglesia de San Francisco, en la localidad de Penco, Concepción, proporcionando datos inéditos sobre la ocupación colonial y republicana en la zona, distinguiendo distintas ocupaciones, por medio de la integración de la arqueología y la historia.

**Roberto Campbell y Daniela Valenzuela**  
**Editores**



# Discursos arqueológicos y la creación del tiempo universal en la prehistoria del desierto de Atacama, norte de Chile: reflexiones en torno a la construcción del pasado

Estefanía Vidal Montero<sup>1</sup>

## Resumen

El presente artículo explora los principios epistemológicos que históricamente han inspirado los discursos articulados en torno a la prehistoria del Norte Grande de Chile. A través de una revisión diacrónica de literatura clave en el desarrollo de la arqueología del desierto de Atacama, se presenta una serie de reflexiones que tienen como objetivo problematizar la relación entre narrativas sobre el pasado y los ritmos temporales en ellas contenidas. El argumento principal es que, pese a las transformaciones teóricas de la disciplina, la noción de temporalidad ha sido mínimamente alterada, contribuyendo a la construcción de discursos teleológicos que privilegian la construcción de grandes narrativas basadas en amplios marcos cronológicos, invisibilizando otras temporalidades que tienen el potencial de enriquecer interpretaciones e imaginar posibilidades sociopolíticas distintas, a la vez que fortalecer el ejercicio crítico de nuestra disciplina.

*Palabras Clave:* temporalidad, producción de conocimiento, desierto de Atacama, discursos arqueológicos

## Abstract

*This article explores the epistemological principles that have historically inspired discourses about the prehistory of northern Chile. Through a diachronic review of key literature in the development of the archeology of the Atacama desert, a series of reflections are presented that aim to problematize the relationship between narratives about the past and the temporal rhythms contained therein. The main argument is that, despite the theoretical transformations of the discipline, the notion of temporality has been minimally altered, contributing to the construction of teleological discourses that render invisible other temporalities that have the potential to enrich interpretations, while strengthening a critical exercise of our discipline.*

*Keywords:* temporality, knowledge production, Atacama desert, archaeological discourses

La arqueología como praxis involucra no sólo excavar y producir conocimiento sobre el pasado y el presente a través del estudio de objetos materiales, sino también el acto de traducir la materialidad a discursos en contextos donde dicha discursividad está ausente o suprimida. Esto implica, en palabras de Gavin Lucas, “making discursive the nondiscursive”<sup>2</sup> (2004a:117). La introducción de la noción de prehistoria, como apunta el autor, fue radical en tanto supuso un quiebre con las ideas tradicionales sobre el pasado, abriendo nuevas posibilidades para la construcción de una autoridad

---

1 Programa de Doctorado en Antropología, Universidad de Chicago. Correo electrónico: evidalmontero@uchicago.edu

2 “hacer discursivo lo no discursivo” (traducción mía).

centrada en su estudio. En ese sentido, el examen de los discursos que la arqueología crea es un ejercicio fundamental para la comprensión crítica de la práctica y el proceso de construcción de conocimiento.

El objetivo del presente artículo es delinear los ritmos temporales contenidos en los discursos arqueológicos creados para la prehistoria del desierto de Atacama y, mediante ello, comprender de qué manera dichos discursos han generado una visión específica sobre el pasado prehispánico. Por ritmos temporales nos referimos a aquellos principios y presupuestos sobre los que descansan visiones y discursos particulares sobre la historia. Las preguntas que guían este ejercicio giran en torno a cómo se construyen estos discursos, cuáles son las lógicas que estructuran estas narrativas, cuáles con los marcos temporales en ellas contenidas, y qué tipo de giros epistemológicos pueden ser registrados a través de su lectura. El argumento principal de este trabajo es que, pese a que los marcos teóricos utilizados para estudiar el pasado de la región han variado —alineándose con los cambios propios de la antropología estadounidense— el tiempo histórico contenido en ellos ha sido mínimamente alterado. Conceptos como progreso, desarrollo tecnológico, evolución, adaptación, eficiencia, entre otros, siguen siendo ubicuos, contribuyendo a la construcción de discursos que limitan las posibilidades de concebir trayectorias históricas distintas, invisibilizando otras temporalidades que tienen el potencial de enriquecer nuestras aproximaciones al pasado. Siguen, por tanto, estando fuertemente influenciados por quienes han sido considerados como los fundadores de la disciplina, preocupados por introducir la temporalidad de la ciencia a la prehistoria y por resolver problemáticas universales a nivel local.

En esta línea, este trabajo no pretende ser una revisión exhaustiva de la historia de la arqueología del Norte Grande de Chile<sup>3</sup>. Está, por cierto, limitado a un grupo de trabajos que presentan síntesis regionales y/o que han articulado abiertamente una crítica a las formas de concebir la prehistoria regional, y que se han considerado dentro de la misma literatura como relevantes para entender el desarrollo de la arqueología en esta región. Este ejercicio se inspira en la noción de genealogía articulada por Michel Foucault (1978), que propone no una búsqueda de los orígenes de ciertas ideas sino el seguimiento del curso de su desarrollo o descendencia, la identificación de los momentos y contextos de su emergencia y las instancias de ruptura o desviación dentro de dichos cursos históricos.

## La temporalidad de la arqueología como ciencia

Según el historiador Reinhart Koselleck (2004), el tiempo histórico puede ser diferenciado de lo que se reconoce como tiempo natural (el ciclo del día y la noche, por ejemplo) a través de la distinción entre pasado y futuro; lo que él llama el espacio de la experiencia y el horizonte de la expectativa. Está íntimamente ligado a acciones políticas y sociales con ritmos temporales peculiares y formas internalizadas de conducta, como los calendarios rituales o festivos, o las jornadas laborales que determinan la rutinización de la vida cotidiana. Las condiciones particulares que generaron la emergencia de este tiempo histórico están vinculadas directamente a la filosofía de la

---

<sup>3</sup> Para revisiones sistemáticas de la historia de la disciplina en Chile ver, por ejemplo: Orellana 1960, 1996, 2012; Rivera 1991; Cornejo 1997; Troncoso *et al.* 2008.

Ilustración<sup>4</sup>, según la cual el tiempo no es simplemente un medio en el que la historia transcurre, sino que adquiere cualidad histórica. Es decir, la historia no ocurre **en** el tiempo, sino **a través** de él (Koselleck 2004:236). Se diferencia así de la cronología, que para Koselleck remite específicamente al ejercicio de datar, reduciendo una infinidad de formas de medir el tiempo a una escala temporal común basada en el tiempo astronómico de nuestro sistema planetario. La cronología, por su parte –sea esta absoluta o relativa– presenta al tiempo como uniforme y lineal, lo que supone un modelo de explicación histórica particular donde los fenómenos son necesariamente sucesivos (Lucas 2004b).

Siguiendo a Fabian (1983), la definición del objeto de estudio en la antropología –y la arqueología por extensión– implicó una separación entre la cultura propia y la de un otro, en donde el tiempo jugó un rol retórico clave. Este proceso se inició con la transformación del tiempo sagrado en tiempo secular como consecuencia del redescubrimiento de los tratados matemáticos y científicos de la antigüedad durante el Renacimiento, el encuentro con otras sociedades durante la era de exploración que siguió a la llegada de los colonizadores europeos a América y los avances tecnológicos promovidos por las expediciones científicas entre los siglos XVII y XIX. La literatura de viajes en particular se centró en la descripción de experiencias de auto-realización del ser humano en lugar de narrar historias de salvación espiritual, experiencias que fueron realizables justamente gracias a la posibilidad de moverse a otros lugares geográficos, provocando una especialización del tiempo que eventualmente permitió pensar en otras épocas o eras, vistas como unidades discretas desarrollándose simultáneamente dentro de un orden universal.

Ambos fenómenos –el surgimiento de la historia universal y la secularización del tiempo– resultaron en una concepción de la historia con cualidades particularmente relevantes, provocando dos transformaciones: 1) el tiempo comenzó a ser considerado inmanente y, por tanto, coextensivo, con el mundo; 2) las relaciones entre las distintas partes del mundo pasaron a ser entendidas como dimensiones temporales (Fabian 1983); en otras palabras, se produjo una geotemporalización del mundo. En consecuencia, por primera vez la historia se concibió como categoría abstracta y a disposición del ser humano. No es incidental que el naturalista sueco Carl Linnaeus publique su *Systema Naturae* en 1735, inaugurando así un sistema de clasificación de especies que contempló la inclusión de especímenes aún no descubiertos, muy acorde a la lógica que luego inspirará a los esquemas histórico-culturales en la arqueología. Diseñado para dar orden al caos, Linnaeus utilizó además el latín como idioma universal, posibilitando su uso indistintamente del lugar donde se aplicara, impulsando así las aspiraciones transnacionales de la empresa científica europea (Pratt 1992). La emergencia de la historia natural, como señala Foucault (1989), implicó una paradoja, dos movimientos epistemológicos y ontológicos en aparente contradicción: por un lado, supuso un acercamiento del ser humano al medio en el que se encuentra inserto –la naturaleza– dado que como especie está contenido en él y en consecuencia puede ser clasificado. Pero al mismo tiempo, significó un alejamiento radical de la naturaleza, concebida como un objeto a ser analizado y manipulado.

---

4 Koselleck rastrea la emergencia semántica del concepto de historia al período entre 1750 y 1850, cuando la palabra *Geschichte* absorbió el concepto utilizado para referirse a un recuento histórico, *Historie*. Desde entonces, dicho concepto pasó a significar tanto realidad como representación (Zammito 2004). Esta noción de historia en general implicó la abstracción de experiencias particulares y emerge en paralelo a otros conceptos como revolución, progreso, desarrollo (Koselleck 2004).

Por su parte, para Fabian (1983) lo que el uso de escalas temporales universales y la naturalización del tiempo provocaron fue un proceso de des-historización radical, que es finalmente el giro que permitió el desarrollo de uno de los logros epistemológicos más relevantes de la ciencia moderna: el método comparativo. Es este enfoque el que posibilitó el tratamiento análogo de las culturas humanas a través del tiempo y el espacio.

En este contexto, no es sorprendente que la arqueología como proyecto de construcción de conocimiento se haya materializado a consecuencia de estos procesos (Lucas 2004a, 2004b; Thomas 2004). La fractura temporal provocada por la modernidad –el quiebre con la tradición, o la idea de que nada fundamentalmente nuevo podría emerger con el paso del tiempo– permitió la concepción de un pasado distante sin conexión con la historia tradicional. La búsqueda de universales, el ejercicio de la razón y nociones de autonomía individual fundaron una nueva racionalidad que abrió el camino para imaginar una humanidad capaz de transformar sus propias condiciones de existencia. Es así como la idea de progreso, o el avance histórico de la civilización, trajo aparejada la transformación del marco temporal en el cual se concebía la experiencia humana, vista ahora como singular, uniforme y universal. Este flujo unidireccional se convirtió en el tiempo fundamental de la ciencia, incluyendo la antropología y la arqueología, encargadas de posicionar a cada cultura en un esquema histórico único. Pese a que el evolucionismo cultural revitalizado en la década de 1960 en la antropología norteamericana comúnmente se define como una reacción a la historia cultural Boasiana –y su aparente inhabilidad de explicar el cambio (Trigger 2006)– lo interesante es que ambas corrientes comparten estos preceptos universalistas. Si bien el tiempo tipológico puede presentar un pasado inmóvil –en contraposición al dinamismo enfatizado por el evolucionismo social– el método comparativo sigue siendo el elemento central de su epistemología.

El marco filosófico desde donde surge la arqueología estuvo además aparejado de un cambio ontológico, pues la noción de prehistoria no sólo involucró cronología sino además el cambio de foco hacia la cultura material como fuente principal de conocimiento. La materialidad como objeto de estudio permitió la construcción de una nueva figura cuya autoridad no se sostuvo en el estudio de fuentes escritas, generando una nueva forma de acceso al pasado remoto (Barrett 2004; Lucas 2004b). Como señala Julian Thomas (2004), en el contexto de la filosofía de la Ilustración, dentro de un universo cartesiano reducido a formas elementales y una lógica newtoniana en donde un conjunto de reglas se volvió aplicable a todos los fenómenos del universo, los objetos comenzaron a ser concebidos como entidades autónomas sin significado inherente. Su significado, por el contrario, se genera en la mente del/los sujeto(s) que se enfrentan al objeto. Junto a ello, este pasado adquirió además otra particularidad: al ser concebido como un tiempo distante sin clara conexión con la tradición oral, el tiempo de la arqueología emergió fundamentalmente como un tiempo antes de la escritura, separado de la oralidad o la memoria.

Dentro de este paradigma, la arqueología –ya separada del anticuarismo o exclusivamente centrada en búsqueda de la antigüedad del hombre– se ancló en una concepción del tiempo concebido como natural, progresivo y objetivo, entendiendo los cambios como lineales e irreversibles. Esta temporalidad es lo que Alfred Gell (1992) clásicamente definió como serie-B, referida a un sentido del tiempo donde los eventos son abstraídos de sus condiciones específicas, pudiendo ser consecuentemente generalizados. Esta se opone a otra serie temporal (serie-A) donde el tiempo es inmanente a la experiencia, en consecuencia, no está separado de la acción. En antropología, estos regímenes temporales han sido comúnmente separados entre el tiempo subjetivo de la conciencia, y un tiempo social que se impone a nivel cultural (Munn 1992). La arqueología se ha mantenido de

manera persistente en el espacio de esta serie-B, trabajando sobre una noción de tiempo abstracto y acumulativo. Parcialmente basado en la propuesta de Gell, Ingold (1993), por ejemplo, utiliza el concepto de temporalidad para crear un puente entre estas categorías opuestas, refiriéndose a la amalgama entre tiempo e historia, vinculándolo además a un espacio que con la temporalidad y la experiencia se convierten en paisaje. Posee, por tanto, ciclos que aluden a ritmos distintos que –como la música– son multidimensionales.

En línea con estas reflexiones sobre el tiempo, el antropólogo Michel-Rolph Trouillot (1995) ofrece un análisis que distingue entre los eventos de la historia y lo que se dice sobre aquellos eventos, es decir, cómo éstos son narrados. Ambos son aspectos fundamentales del pasado y cómo lo entendemos, pero esta ambigüedad, que reside en el centro del concepto de historia, escasamente ha sido teorizada. Es más, a medida que la historia se convirtió en disciplina, dos corrientes incompatibles emergieron, una ligada al positivismo y otra de corte constructivista, cuyo punto de coincidencia ha sido tratar esta ambigüedad como un detalle lingüístico. Según Trouillot, el positivismo tuvo y tiene un rol tremendamente potente en la filosofía de la historia, el cual ha permitido separar entre proceso histórico y conocimiento histórico. La profesionalización de la historia descansó parcialmente en esta distinción: mientras más distante el proceso histórico de su conocimiento, más fácil resulta adjudicarse objetividad o profesionalismo científico. El narrador de la historia, no obstante, ocupa simultáneamente la posición de agente y actor. Por lo tanto, lo que se transforma en discurso no es independiente de nuestra posición como sujetos de la historia. Para Trouillot las condiciones de producción de estas narrativas se vuelven indispensable para visibilizar una cuestión central dentro de la producción de discurso sobre el pasado: el hecho de que está saturada de silencios. Este artículo busca, por un lado, un acercamiento analítico en la producción de los discursos sobre el pasado prehispánico, y en segundo, despertar una reflexión acerca de cuáles son los potenciales procesos o fenómenos que son silenciados en dicha producción.

Por cierto, existen múltiples esfuerzos por incorporar temporalidades distintas en el estudio de la prehistoria, tanto en el viejo mundo como dentro de la arqueología americana, desde variados enfoques teóricos y metodológicos (p.ej. Bailey 2007; Barrett 1994; González-Ruibal 2013; Hutson 2010; Lazzari 2011; Olivier 2004; Roddick 2013; Roddick y Stahl 2016; Sassaman 2016; Tilley 1994). Mucho más prevalentes han sido tales reflexiones en el marco de la arqueología histórica o contemporánea, que han enfatizado en la ruptura temporal de la modernidad asociada el capitalismo (p.ej. Buchli y Lucas 2001; Dawdy 2010, 2016; González-Ruibal 2016; Gordillo 2014; Stoler 2008) y en las arqueologías postcoloniales latinoamericanas (p.ej. Gnecco 2011; Gnecco y Hernández 2008; Haber 1999; Verdesio 2001, 2013). Varios de estos ejemplos apuntan la necesidad de reconocer dentro de las interpretaciones arqueológicas temporalidades que se sobreponen, por ejemplo, en términos de las escalas medioambientales, sociales e individuales, enfatizando en la necesidad de visibilizar procesos diversos y reajustar la resolución temporal en la que estos ocurren, además de considerar los efectos y eficacia social de la cultura materialidad. La arqueología prehispana del Norte Grande se ha mantenido bastante marginal a estas reflexiones teóricas y metodológicas. Algunas de las excepciones más notables se discuten a continuación.

## El tiempo en la prehistoria del desierto atacameño

Uno de los primeros esfuerzos por entender el pasado prehispano en la historiografía chilena fue *Los Aborígenes de Chile*, escrito por José Toribio Medina y publicado en 1882. En este trabajo, Medina intenta establecer una visión comparativa de los distintos grupos que habitaron el territorio previo a la conquista española, aplicando sistemas de clasificación crono-culturales. Formado como historiador, Medina fue pionero en el posicionamiento de la cultura material como foco central de la ciencia de la antigüedad, particularmente en la distribución de los objetos a través del tiempo y el espacio: “El estudio de las antigüedades prehistóricas de un país cualquiera no se puede limitar a este país solo, sino que es necesario considerar los **objetos** del mismo género encontrados en las naciones vecinas y aún a veces en las lejanas, si se quiere realizar verdaderos progresos en la ciencia de la antigüedad” (Medina 1882:xii, énfasis mío). Medina reconoció en los objetos materiales una de las manifestaciones fundamentales de eventos del pasado, afirmando la relación entre ellos y su capacidad immanente de otorgar información sobre este. *Los Aborígenes de Chile*, no obstante, es una obra organizada a partir de la información contenida en textos escritos por cronistas coloniales y naturalistas del siglo XIX<sup>5</sup>. De esta manera, no busca establecer una cronología precisa de fenómenos o eventos; en efecto, la profundidad temporal se acredita mediante expresiones relativas como “edad(es) primitiva(s) y harto lejana(s)” (Medina 1882:xv). Medina otorga un ordenamiento a las culturas o grupos prehistóricos versus la civilización moderna, posicionando la noción de progreso al centro del discurso, con un fuerte acento difusionista. Reconoce estados de desarrollo distintos entre grupos indígenas del norte y del sur, señalando:

“[...] en Chile, a la época de la conquista española, existían dos zonas que habían alcanzado diverso grado de adelanto: la parte norte del país, merced a la conquista i a la influencia de la civilización incásica, se hallaba en la edad del bronce, en tanto que el sur apenas si alcanzaban la edad de la piedra pulimentada” (Medina 1882:xv).

Combinando un enfoque centrado en la caracterización de la cultura material y la descripción de formas de organización social (con especial acento en los araucanos, a quienes dedica numerosos capítulos), Medina aplica la temporalidad unilineal de la ciencia a la prehistoria de Chile. Reconoce, por ejemplo, la expansión incaica como un período independiente, a la vez que emplea el sistema de las tres edades para separar ontológicamente a distintos grupos culturales; las sociedades del extremo sur eran concebidas verdaderamente como remanentes del pasado, situados varios estadios antes de la civilización moderna.

Max Uhle (1974[1917]), varias décadas después de Medina, genera una síntesis cronológica regional para el desierto de Atacama que utiliza como base la categoría de “civilización”, separada según inventarios materiales y extensiones geográficas. En su *Fundamentos Étnicos y Arqueología de Arica y Tacna* de 1922, define una secuencia histórico-cultural para el área norte sobre la base de grupos étnicos particulares, asociados a repertorios materiales específicos. Su secuencia histórico-cultural asignó un espacio temporal determinado a cada cultura, consolidando de cierta manera el ordenamiento sucesivo de la prehistoria y su separación en unidades crono-culturales discretas, sin extensiones indeterminadas y caracterizadas por ciertos elementos tecnológicos, que describe acuciosamente.

---

<sup>5</sup> Esta monumental obra está, de hecho, dedicada a Philippi, quien fuera maestro de Medina y uno de los naturalistas más reconocidos del país.

Simultáneamente, hay una preocupación concertada por resolver el problema del Paleolítico americano por parte de distintos investigadores, lo que alude a un interés por reconocer materialmente fenómenos que se entienden como universales, atendiendo a la vez a la necesidad de esclarecer la antigüedad del poblamiento del continente (Bird 1943; Capdeville 1921, 1928; Latham 1915; Le Paige 1958; Mostny 1964; Orellana 1960; Oyarzún 1917; Uhle 1916). Es decir, uno de los intereses que anima a la disciplina durante esta época, es la búsqueda de los orígenes, que de alguna manera permita establecer un punto de inicio en la historia de los habitantes de América. Haciéndose partícipe de esta discusión –y resistiendo reducir este problema a la cuestión de los orígenes– Ricardo Latham (1915) reconoce que estos paralelos materiales en ningún caso significan contemporaneidad, aceptando bastante tempranamente el precepto de que grupos con objetos materiales similares representaban procesos homólogos, pero no necesariamente simultáneos. Al respecto señala:

“para los efectos de este estudio [la existencia de un Paleolítico americano] hacemos uso de la denominación clásica para distinguir los tipos unos de otros; pero es completamente contrario a nuestra intención imputar a dichos tipos la edad o antigüedad correspondiente a la de sus similares del mundo antiguo. Lo único que se puede hacer es **comparar los tipos o estilos y el orden cronológico de su recurrencia**” (Latham 1915:89, énfasis mío).

Los estudios de Latham –formado como ingeniero a fines del siglo XIX en Inglaterra– tienden a volcarse en vez al estudio de procesos y su manifestación empírica. En *Las Creencias Religiosas de los Antiguos Peruanos* menciona:

“No es nuestro propósito **rastrear los orígenes** de semejantes ideas [creencias religiosas] ni de teorizar sobre su desarrollo. Esto lo dejamos a los apologistas de la antigua escuela evolucionista o a la revelacionista. **No nos asociamos con ninguna escuela** y nos concretamos a referir algunas **generalidades admitidas casi universalmente**” (Latham 1929:250, énfasis mío).

Su rechazo a la teoría, que consideraba como inherentemente especulativa, contribuye a fortalecer el posicionamiento de la arqueología como ciencia. Maneja, por tanto, preceptos igualmente universalistas respecto de los fenómenos del pasado, pero al enfocarse en la comprensión de procesos culturales generales o desarrollos culturales particulares –como la agricultura, el comercio, la domesticación de animales, el totemismo, la propiedad, el estudio de la Cultura Atacameña, entre otros– introduce un mayor dinamismo a la visión unilineal tradicional que dominaba el pensamiento arqueológico de la primera mitad del siglo XX, centrándose más insistentemente en el estudio del cambio cultural y visibilizando fenómenos paralelos con distinta data<sup>6</sup>.

---

6 Refiriéndose al desarrollo cultural atacameño como paralelo a la expansión e influencia Tiwanaku en el área, y destacando sus avances tecnológicos, Latham señala: “[...] los Atacameños desarrollaron o adquirieron una agricultura incipiente [...] también adquirieron un conocimiento sobre las industrias que parecieran estas aparejadas a la agricultura. Hacían muy buena cerámica, alguna decorada con diseños pintados en dos, a veces tres colores. El hilado y el tejido en lana de llama también fue desarrollado. La cestería, generalmente sin decoración, continuó pero no con la misma extensión que antes, pues fue reemplazada por la alfarería. Arcos y flechas reemplazaron a las lanzas, que prácticamente desaparecieron. Las tabletas de madera para insuflar ocasionalmente mostraron la mismas formas que las halladas en Tihuanaco [...] los tubos para insuflar fueron hechos principalmente de hueso, tal como en el período anterior, pero decorado con una pieza labial hecha de madera. Esto muestra que hubo un cambio en la manera de insuflar” (Latham 1936:614, traducción mía).

Junto al creciente proceso de profesionalización e institucionalización que experimentó la arqueología en las décadas siguientes (Cornejo 1997), se incorporan y definen de manera explícita las técnicas de estudio y excavación de sitios arqueológicos. La arqueología de Junius Bird y sus contemporáneos introduce un cambio metodológico con ramificaciones importantes respecto a la concepción del tiempo arqueológico. Las técnicas estratigráficas uniformes no sólo supusieron un énfasis en la sistematicidad de las formas de abordar el registro, sino una transformación epistemológica, dado que las distancias temporales podían ahora ser materialmente correlacionadas con profundidades estratigráficas. Bird demuestra una preocupación por la descripción ambiental de los paisajes en donde se sitúan los sitios arqueológicos que estudia, y en vez de explicar los desarrollos culturales en función de distribuciones materiales, étnicas o histórico-culturales, pasa a definirlos con base en tecnologías, con un mayor énfasis en el estudio de contextos domésticos por sobre los funerarios (Bird 1943, 1946). Junto a lo anterior, la introducción de las dataciones radiocarbónicas supusieron no sólo la determinación cronológica de ciertos eventos, sino que también procesos particulares pudieron ser posicionados definitivamente dentro de un esquema temporal universalmente inteligible (ver Boisset *et al.* 1969; Mostny 1965; Núñez 1965, 1966, 1969, 1974).

Lo que vemos en el curso del siglo XX, es entonces un proceso de universalización del tiempo prehistórico, lo cual implicó la consolidación de un modelo lineal del devenir de las poblaciones prehispanas. Dicho proceso no fue sino consecuencia de la transformación de la arqueología en una disciplina positivista, alejada ya de los tiempos indeterminados y las distancias temporales relativas. Dentro de las implicancias de la universalización del tiempo, hay un ritmo particular que se establece como progresión natural, es decir, como invariablemente unidireccional. Simultáneamente, el cambio de foco desde una arqueología abocada a la definición de períodos e inventarios de cultura material, a una centrada en el estudio de procesos tecnológicos y/o ambientales estuvo aparejada de un cambio de un paradigma donde la adaptación y la complejización creciente se convirtieron en procesos asumidos y escasamente interrogados. En palabras de John Barrett (2004), esto implica que la arqueología pasa a igualar largas secuencias de condiciones materiales con la manera en que se estructura la historia; esta se vuelve sucesiva. Por ejemplo, refiriéndose al proceso formativo, Núñez señala:

**“Sólo un pensamiento progresista pudo acercar a la sociedad hacia los umbrales de la civilización, con propuestas culturales formativas, que dieron origen a la sociedad campesina mucho antes del surgimiento de los estados e imperios panandinos”** (Núñez 1989:82, énfasis mío).

Si bien aquí se refleja un intento por diferenciar los desarrollos locales frente a las influencias de las formaciones sociopolíticas altiplánicas o de los Andes Centrales –contra el difusionismo tradicional– se asume a la vez que el objetivo del grupo social es alcanzar un ideal de civilización (que, por cierto, no se explicita) que está predeterminado por un modo de pensar particular. Lo formativo y los cambios asociados son entonces resultado de un *telos*, en el sentido de un objetivo último o propósito fundamental, que guía a la sociedad hacia el progreso. En este caso, la adopción de un esquema universal del tiempo no implica sólo un ordenamiento de los desarrollos culturales dentro de una línea temporal, sino que contiene además un modelo explicativo donde las causas del cambio están predefinidas.

A este respecto, como señala Julian Thomas (2004), en este tipo de explicaciones la experiencia histórica moderna tiende a ser extendida indefinidamente hacia el pasado, donde cada fase o época es vista como un paso inevitable hacia la modernidad, un flujo unidireccional ininterrumpido. El procesualismo justamente toma estos principios como supuestos básicos. Eliminando las particularidades históricas y las especificidades culturales en favor de procesos universales, la arqueología procesual tendió a inhibir el estudio de las ideologías, la política, la agencia humana y el conflicto.

El tiempo uniforme, continuo e ininterrumpido propio de la modernidad se vio disturbado con las intervenciones inspiradas en el materialismo histórico durante las décadas de 1960 y 1970. No sólo a nivel retórico, sino en términos del tipo de experiencias históricas imaginadas para momentos prehispánicos. Con un proyecto más explícitamente político como fue la Arqueología Social Latinoamericana (Bate 1977; Lumbreras 1974) se generó un interés concertado por comprender no sólo el conflicto, nociones de propiedad, modos de producción o modos de vida, sino por reinterpretar procesos precoloniales y posthispanos con el objeto de intervenir realidades sociales contemporáneas (Bate 1989). En abierta oposición a la supuesta parcialidad u objetividad de la Nueva Arqueología norteamericana, este proyecto se propuso construir bases materiales y epistemológicas que permitieran la comprensión de las condiciones históricas y sociales de las propias sociedades latinoamericanas (Vargas y Sanoja 1995). Con esta propuesta teórica y práctica sin duda existe un interés por inyectarle dinamismo y ciclicidad a las sociedades del pasado. Al mismo tiempo, se intenta reconocer la particularidad y especificidad de los ritmos temporales de cada formación cultural, que se admiten como diferenciales en tanto sus bases tecnológicas sean distintas. Estos “ritmos diferenciales de desarrollo” (Vargas y Sanoja 1995:152) expresan las características estructurales que definen la organización social y del trabajo de los grupos culturales. No obstante, su influencia en la prehistoria del Norte Grande se mantiene sumamente marginal.

Sin seguir la propuesta sociopolítica de la Arqueología Social Latinoamericana, los estudios centrados en los modos de producción con el objeto de entender la naturaleza de las estructuras económicas de las sociedades prehispánicas se convirtieron en un foco relevante dentro de las investigaciones arqueológicas de esta época. En una publicación de principios de la década de 1970, Lautaro Núñez reconoce que:

“Aunque no se trata de mecanizar la complejidad de la conducta humana, parece más bien necesario investigar la **infraestructura económica**, con las diversas tecnologías aplicadas en diferentes ambientes ecológicos y la **consecuente sucesión de transformaciones** dentro del triángulo economía-instrumentos del trabajo-estructura social” (Núñez 1974:12, énfasis mío).

Como esta cita refleja, hay tres elementos que se definen como centrales para producir modelos explicativos sobre el pasado: un objeto de estudio (las estructuras económicas), el medio material por el cual abordar dicho análisis (la tecnología en distintos ambientes) y un modelo temporal con poder explicativo (las transformaciones materiales sucesivas). En consecuencia, pese a que el tiempo arqueológico no se concibe como momento estático sino plenamente dinámico y cambiante, los ritmos temporales a los que se aluden son no sólo totalizantes sino sucesivos. Es decir, lo que se termina priorizando dentro de las interpretaciones sobre el pasado son las transformaciones estructurales de todo el grupo social. Este enfoque mucho le debe al evolucionismo multilineal de Julian Steward (1972), aunque aluda a conceptos que tienden a asociarse al materialismo histórico,

como “infraestructura económica” o “instrumentos del trabajo” (Núñez 1974:12). Steward plantea explícitamente: “cultural-ecological adaptations—the adaptive processes through which a historically derived culture is modified in a particular environment—are among the important creative processes in cultural change”<sup>7</sup> (Steward 1972:21). Los elementos mencionados por Steward, la adaptación cultural dictada por las particularidades ambientales para entender el cambio cultural, se van a convertir en la problemática central que intenta resolver la arqueología del Norte Grande en las décadas sucesivas. La lógica inherente a esta forma de resolver la prehistoria es que la historia de estos grupos es igual a su adaptación. Basta describir estos procesos para entender su devenir histórico que siempre se resolverá bajo el mismo principio: una mejor comprensión del medio<sup>8</sup>. Bajo este principio se entienden todas las innovaciones o creaciones culturales.

Es más, las transformaciones tecnológicas tienden a ser vistas como inherentemente acumulativas y generalmente entendidas dentro de una lógica de eficiencia y control cuyo desarrollo o adopción tiende a tener resultados favorables para las sociedades que las desarrollan. En un artículo publicado hace ya una década, Luis Guillermo Lumbreras, aunque no refiriéndose a la prehistoria del Norte Grande específicamente sino al proceso de agriculturización en los Andes, sostiene:

“Esas transformaciones [la agricultura] nacen del **afianzamiento** de los logros alcanzados hasta entonces, tanto en el dominio de los descubrimientos tecnológicos como en el de los cambios sociales y económicos, que fueron necesarios para el **uso eficiente** de las nuevas tecnologías descubiertas antes del cuarto milenio. Se presentan como el **desenlace inevitable** de una serie de procesos acumulados” (Lumbreras 2006:13, énfasis mío).

Hay aquí una alusión clara a la inexorabilidad del progreso, donde las sociedades al alcanzar un completo dominio frente a una naturaleza –que por cierto se concibe como pasiva, manipulable y a disposición del ser humano– logran transformarse estructuralmente y ser maestros de un proceso que les permite nuevamente un completo manejo tecnológico del medio. Este ritmo sucesivo del cambio es transversal a las lecturas que se producen sobre la prehistoria en esta época, independiente de cuán influenciadas estén por enfoques materialistas. Paradigmático dentro de este marco, es la publicación de 1989, *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (Hidalgo *et al.* 1989). Con una periodificación muy bien definida, esta síntesis regional se estructura en base a la sucesión de modos de subsistencia, agrupados en un amplio capítulo llamado Caza y Pesca Marítima, seguido por una descripción del período Formativo que viene precedida de una sección cuyo título, Hacia la Producción de Alimentos y la vida Sedentaria, ya sugiere una direccionalidad definida que desemboca en la fase Formativa.

La reciente publicación de esta síntesis general de la prehistoria (Falabella *et al.* 2016), refleja la introducción de distintos ritmos históricos a nivel local, donde se separan los Valles Occidentales y la región de Tarapacá de la vertiente Occidental Circumpuneña, caracterizando estos desarrollos de acuerdo a la división del área Centro-Sur Andina utilizada por Núñez en 1984. Para el capítulo que abarca la macro-zona de Valles Occidentales y Tarapacá, se señala:

7 “las adaptaciones ecológico-culturales –los procesos adaptativos a través de los cuales una cultura históricamente derivada es modificada en un ambiente particular– es uno de los procesos creativos más importantes de cambio cultural” (Steward 1972:21, traducción mía).

8 Según Steward, las sociedades se vuelven tecnológicamente especializadas en la explotación de las distintas facetas del medio ambiente como consecuencia de su historia, es decir, de su proceso adaptativo (1972:50).

“En este capítulo se intenta **reconstruir** los sistemas de organización social, política y económica de las poblaciones que se asentaron en esta parte de los Valles Occidentales. Esto será descrito y discutido a través de **tres períodos** llamados Formativo, Medio e Intermedio Tardío o Desarrollos Regionales, según corresponda. Los comentarios que se desprenden del análisis de cada uno de estos períodos muestra que la presencia humana ha ido configurando un mosaico de relaciones entre pueblos de la vertiente occidental y oriental andina, los que, en su conjunto, **generaron el surgimiento y consolidación de una identidad propia** dentro de marco que caracteriza a la cultura andina” (Muñoz *et al.* 2016:181, énfasis mío).

Tratando de reflejar esta particularidad local, este párrafo admite la existencia de palimpsestos culturales, pero insiste en un momento inicial y una culminación marcadas por las nociones de “surgimiento” y “consolidación” (Muñoz *et al.* 2016:181) que define la marcha histórica de las poblaciones de la región como un proceso de estabilización –social, política y económica– cuyo resultado es la construcción de identidad.

Discursos arqueológicos que rompen con este ritmo direccional de la prehistoria e invocan directamente nociones de conflicto y transformaciones ideológicas que problematizan las definiciones convencionales de la temporalidad progresiva, emergieron a fines de la década de 1990 y sobretudo durante la primera década del 2000 (p.ej. Gallardo 1998, 2004; Núñez, P. 2004; Uribe 2008, 2012; Uribe y Adán 2008; Uribe *et al.* 2002). Este momento en la arqueología del Norte Grande se caracteriza en términos generales por representar una reacción al universalismo, basado en una visión sobre el tiempo saturada de fracturas y cambios. Esto se traduce en una preocupación por las particularidades en vez de generalidades, la heterogeneidad versus la uniformidad, las lógicas relacionales en oposición a la mera causalidad y, en términos más generales, un rechazo a formas de explicación universales. En esta línea, Uribe y Adán, particularmente interesados en estudiar una zona largamente silenciada dentro del contexto regional, señalan respecto a la visión tradicional del proceso de complejización social de las poblaciones que habitaban la región de Tarapacá:

“[...] llama la atención la poca valoración que se dio al sustrato Formativo, y la aplicación recurrente de una tendencia interpretativa que como motor último de toda innovación no hizo más que mirar al interior y al altiplano, con fuertes connotaciones sociales y casi morales. Tal situación se expresa en la comprensión sólo nominal y no histórica de los desarrollos previos y, consecuentemente, una escasa estimación de las poblaciones locales como agentes del cambio cultural interno, producto de un marcado sesgo evolucionista” (Uribe y Adán 2008:161).

Estos estudios representan un momento clave para la arqueología del Norte Grande, y en particular para los estudios del período Formativo, uno de los ejemplos más paradigmáticos del uso de temporalidades universales. Uribe y colaboradores cuestionan abiertamente la noción de progreso que impregna al concepto de Formativo, problematizando ideales de la utopía andina en gran parte inspirada en la potencia y prevalencia del modelo de verticalidad de John Murra popularizado en los 1970's y 1980's (Murra 1968, 1972, 1984), en donde los logros civilizatorios se entienden como resultado de la delicada adaptación ecológica y el desarrollo político de las formaciones sociales altiplánicas. Proponen que, en el caso particular del Complejo Pica-Tarapacá del Intermedio Tardío, esta visión idealista y evolutiva ignora sustancialmente el sustrato histórico local que sirve de base para los desarrollos tecnológicos y las redes sociales que se materializan durante este período en Tarapacá. Abriendo el horizonte de posibilidades para replantear y reimaginar estos procesos sociales y políticos, Uribe y colaboradores se desprenden de los marcos históricos-culturales, aunque sin

dejar de lado el interés por comprender macro-procesos y transformaciones estructurales (Uribe y Adán 2008). En tal sentido, las escalas temporales se mantienen con un foco tremendamente amplio y con un lente regional, que persistentemente elude identificar diferencias a nivel de valle o micro-región, manteniendo, al contrario, una división ecológica entre costa, pampa, sierra y altiplano.

En su crítica al concepto de Formativo, Uribe (2008, 2012) alude igualmente a la importancia del sustrato local y, particularmente, la importancia de las largas tradiciones del Arcaico. Su versión del Formativo se superpone, se traslapa y se expande sobre un período Medio que se concebía como generalizado, dándole agencia a los grupos locales quienes, ya en momentos que se considerarían cronológicamente Intermedio Tardío, comienzan a extender su presencia material y sus redes de intercambio hacia las tierras altas, pero como parte de una decisión que nace desde el seno del grupo social y como parte de una negociación constante entre individuos y el colectivo.

## Temporalidad y epistemología

Cabe destacar que en la breve genealogía presentada es posible dilucidar cambios relevantes en términos de cómo el pasado es concebido, y cuáles son los aspectos sobre el pasado abordados arqueológicamente. En otras palabras, hay transformaciones significativas en términos teóricos y metodológicos, junto a una diversificación respecto a los objetos de estudio.

El primer quiebre se produce antes de la mitad del siglo XX, con el alejamiento progresivo por establecer la antigüedad del hombre americano desde una perspectiva difusionista. Emerge el interés por comprender el cambio cultural a través del estudio detallado de los repertorios culturales de los grupos que habitaban el desierto de Atacama, con especial énfasis en lo que se ha considerado tal vez la manifestación cultural más paradigmática de la región: la Cultura Atacameña. Esto permite la introducción de cierto grado de movimiento o ritmo al tiempo arqueológico, donde los grupos culturales ya no se definen únicamente en función de su repertorio cultural y su extensión geográfica. El interés por definir y refinar secuencias en relación con la Cultura Atacameña se convertirá en un foco de análisis persistente dentro de la arqueología regional (p.ej. Agüero 2005; Agüero y Uribe 2011; Le Paige 1957-1958, 1964; Llagostera y Costa 1999; Núñez 1995; Uribe 2002).

El segundo momento importante de destacar provoca una consolidación de la universalidad del tiempo arqueológico, con la introducción de metodologías estratigráficas estandarizadas y dataciones radiocarbónicas que posibilitan el posicionamiento de eventos singulares dentro de un esquema general. Pero la cronología absoluta no busca sólo localizar fenómenos en una línea de tiempo progresiva, sino que permite refinar el método comparativo al permitir homologar los mismos procesos en momentos históricos distintos. Se admite, entonces, que cada grupo o proceso cultural puede seguir su propio ritmo temporal, pero el curso de su evolución material tiende ser análogo a su historia, en el sentido de que la detección de las transformaciones en patrones de asentamiento, funebria y tipología cerámicas, por mencionar algunos de los ejes analíticos más prevalentes, son suficientes para comprender procesos de cambio social.

Ya plenamente reconocida a la arqueología como antropología (Binford 1962), las influencias del materialismo histórico –en ningún caso generalizadas dentro de la disciplina– posibilitan introducir un horizonte de experiencias distintas para el pasado prehispano, y nociones de conflicto, poder e ideologías pasan a ser parte de los discursos arqueológicos. Sin duda esto implica nuevamente

una extensión del tiempo de la modernidad hacia el pasado, pero se relativizan los efectos y la temporalidad del progreso, ya no homogéneo ni tampoco uniforme. Es decir, se reconoce que el desarrollo posee ritmos temporales diversos basados en la heterogeneidad de las bases materiales e infraestructuras económicas de los grupos culturales. Al mismo tiempo, y desde otras perspectivas, se dilata y visibiliza, por ejemplo, períodos y procesos como el de la transición a la agricultura (Muñoz y Chacama 2012; Núñez 1989; Núñez y Santoro 2011; Santoro 1980), a la vez que se reconoce la importancia social y política de grupos que mantienen modos de vida de larga data (Ballester y Gallardo 2011; Sepúlveda *et al.* 2018).

Pese a esta ampliación de la temporalidad –la admisión de su ciclicidad y el rechazo a los esquemas evolucionistas unilineales que no reconocen ritmos temporales diferenciales en el desarrollo histórico de las sociedades– los acercamientos a la prehistoria regional suelen adherir muchas veces de forma implícita a los preceptos modernistas del procesualismo y la historia cultural. Volviendo al proceso Formativo, por ejemplo, a fines de 1980 Iván Muñoz señala: “A partir de este momento el hombre tiene una nueva concepción de aprovisionamiento de alimentos: pasa de una economía **depredadora** a otra en la que es **productor**, lo que será esencial en su ulterior desarrollo” (Muñoz 1989:107, énfasis mío).

Alrededor de una década más tarde, los cambios formativos son aún asociados a una lógica sustentada en un manejo más eficiente de los recursos disponibles para estas poblaciones:

**“Este proceso vino a conceptualizar las bases de un desarrollo más estable a partir del 1000 AC, cuando el hombre logró explotar la tierra, lo cual fortaleció la estructura económica de las poblaciones del Pacífico, generándose una organización en términos aldeanos más sólida y estable [...] el proceso de sedentarismo aparece como resultado lógico del conocimiento de la naturaleza y de los procesos culturales que tienen lugar en un espacio dado”** (Muñoz 2004:225, énfasis mío).

Aunque difícilmente en la actualidad las economías cazadoras recolectoras podrían seguir caracterizándose como “depredadoras” (Muñoz 1989:107), la primacía de la eficiencia y el progreso siguen siendo persistentes. El período Formativo, como lo refleja esta cita, se sigue conceptualizando como proceso de estabilización acumulativa que, por un lado, invisibiliza los aportes de las tradiciones anteriores –sin admitir la posibilidad de que dicho cambio podría haber estado caracterizado, por el contrario, por la inestabilidad– y por otro, se niega a problematizar la inevitabilidad del sedentarismo. Lógicas similares siguen trabajos centrados en las reevaluaciones crono-culturales del período Arcaico en la costa atacameña, continuando una larga tradición histórico-cultural que se remonta a los tempranos trabajos de Capdeville en la zona de Taltal (p.ej. Castelleti 2007; Llagostera 1989; Salazar *et al.* 2013, 2015). En ellos se tiende a correlacionar la organización económica-tecnológica con modos de adaptación creciente al medio ambiente en que estos grupos habitan, usualmente aparejado con cierta estabilidad en su patrón de asentamiento y aumentos demográficos significativos.

La admisión de simultaneidad de procesos con distintas cronologías a nivel regional se refleja también en la admisión del impacto diferencial de los horizontes andinos en distintas áreas culturales que han permitido enfocarse en temas relacionados al poder, la etnicidad, la agencia y el conflicto (p.ej. Adán y Uribe 2005; Agüero 2007; Oakland 1992; Salazar *et al.* 2014; Torres-Rouff 2011; Uribe y Adán 2004), indirectamente problematizando el ideal de progreso y adaptación. Es sugerente, no

obstante, que pese a que el foco de análisis se aleja de ciertos marcos medioambientales y tecnológicos que priman en los estudios de momentos arcaicos y formativos, muchos de estos estudios tienden a asumir que dichos períodos representan el clímax de la complejidad o diferenciación social. Sobre el período Medio en San Pedro de Atacama, Salazar y colaboradores señalan, por ejemplo: “Whatever the specific relation with Tiwanaku, the fact remains that the **peak** in social complexity and affluence of SPA communities was achieved during the MH” (Salazar *et al.* 2014:136, énfasis mío)<sup>9</sup>.

De esto se desprenden ciertas continuidades que preocupan a la arqueología regional, dentro de las cuales destacan la persistencia por refinar marcos crono-culturales mediante la generación de un mayor volumen de datos empíricos, el estudio de tecnologías como mecanismo de entrada al problema adaptativo y el desarrollo creciente de la complejidad social. En el último apartado, se sugieren posibles avenidas que invitan a imaginar alternativas que permitan cuestionar modelos totalizantes y visiones del tiempo abstraídas de su contingencia.

### Prehistoria(s): imaginando alternativas

La adherencia irreflexiva a los ritmos temporales universales de la ciencia conlleva el riesgo de evacuar aspectos sociopolíticos de los discursos arqueológicos y uniformizar las visiones sobre el pasado, presentando narrativizaciones de la (pre)historia como realidades objetivas que siguen posicionándose dentro de un esquema general de complejización social. Cabe preguntarse entonces: ¿qué implica dicha complejización social? ¿Es un ritmo siempre creciente de jerarquización y/o centralización? ¿Es posible imaginar una prehistoria que visibilice procesos de experimentación, improvisaciones materiales, historias de uso y desuso, procesos contingentes, palimpsestos temporales? ¿Considerando escalas temporales más discretas, qué fenómenos se vuelven visibles en el registro arqueológico? En este sentido, no se trata únicamente de problematizar el estudio de períodos temporales depurados (lo Arcaico, Formativo, o Intermedio Tardío como categorías aisladas), sino de repensar cómo los fenómenos que han sido asociados a estos períodos pueden superponerse o traslaparse dentro de un mismo paisaje. Parte de ello implica trabajar con temporalidades más concretas, pues la insistencia en la caracterización de períodos o fases autocontenidas –la amalgama entre temporalidad absoluta y desarrollo tecnológico– producen un mismo régimen de historicidad (Trouillot 1995), aunque se admitan fechas asincrónicas, que se sigue llenando de datos empíricos. En esta línea, cabría considerar las sugerencias de los arqueólogos de la modernidad o de las nuevas materialidades, que mantienen que los objetos no sólo no se ajustan a las temporalidades propuestas por la ciencia, sino que se resisten a ella (Dawdy 2016; DeSilvey 2006; González-Ruibal 2016; Hodder 2011; Ingold 2007, 2012; Olsen 2007; Shanks 2008; Webmoor y Witmore 2008; Witmore 2006, 2014). ¿Qué nos dicen la persistencia de una tradición cerámica, constructiva o funeraria, por mencionar algunos ejemplos, que no se ajusta a la cronología convencional? ¿O cómo entender la historia de cierta cultural material que no abarca períodos completos y que, por tanto, no logra convertirse en representativa o paradigmática a través de su inclusión en las narrativas sobre la prehistoria? ¿Cuáles son las materialidades que irrumpen o quiebran la homogeneidad de los tiempos tipológicos? Estos son algunos de los silencios a los que alude Trouillot y que ofrecen una alternativa no sólo para trascender los marcos temporales que hemos heredado, sino que para

9 “Cualquiera sea la relación específica con Tiwanaku, el hecho es que el peak de la complejidad social y la afluencia en las comunidades de San Pedro de Atacama fue logrado durante el período Medio” (Salazar *et al.* 2014:136, traducción mía).

otorgar heterogeneidad a la cadencia uniforme a través del cual concebimos el pasado prehispanico, que sigue manteniéndose paradigmáticamente como el tiempo del otro.

Esto no significa, por cierto, abandonar por completo dichas categorías analíticas. Sugerencias similares han ofrecido los estudios de la tecnología desde una perspectiva feminista, comandados por los aportes de Donna Haraway (1988, 1991) y otras figuras como Sandra Harding (1986) desde los 1980's. Estos trabajos comenzaron a develar la lógica racionalista y masculinista que operaba detrás del conocimiento tecnológico, no sólo a través de la exploración de los factores sociales que han influenciado nuestra visión sobre la tecnología –y donde los aportes de las mujeres están sospechosamente ausentes– sino por su constante asociación con el dominio sobre una naturaleza que se entiende como pasiva, separada de los sujetos y a total disposición del ser humano, es decir, que sigue nociones convencionales de género. Haraway aboga por la admisión de lo no-humano en lo humano, oponiéndose a la separación radical entre sujeto y objeto tan propia del Occidente moderno. No propone, no obstante, una vuelta a la naturaleza, sino una ontología que afirma que los seres humanos existen con la tecnología y no divorciada de ella, una postura que niega persistentemente su instrumentalización y que admite a la vez que el mundo material no habla por sí solo. Este punto es el que merece atención en este contexto, porque permite imaginar un universo material –que suele ser la sustancia con la que los arqueólogos trabajamos– que no existe únicamente en función de la eficiencia, la productividad y la explotación del medio. La tecnología, vista desde esta perspectiva, construye a los individuos y al colectivo envuelto en su creación, tanto como los seres humanos la producen. Haraway (1988) admite, al mismo tiempo, que toda construcción de conocimiento se sitúa desde una posición particular y que en dicho proceso, lo material y lo discursivo están en permanente relación y nunca separados. Admitir que construimos el conocimiento desde una posicionalidad y una perspectiva parcial debe entenderse como el primer paso en el intento de problematizar narrativas universalistas que asumen que nuestros discursos sobre el pasado se asientan sobre una posición objetiva, racional y divorciada de nuestro momento histórico particular.

*Agradecimientos.* Al Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, en particular a François Richard. Mis agradecimientos a los evaluadores de este manuscrito, cuyos comentarios enriquecieron sustantivamente esta reflexión, y a los editores del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología.

## Referencias citadas

- Adán, L. y M. Uribe. 2005. El dominio Inca en la localidad de Caspana: Un acercamiento al pensamiento político andino (río Loa, norte de Chile). *Estudios Atacameños* 29:41-66.
- Agüero, C. 2005. Aproximación al asentamiento humano temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 30:29-60.
- Agüero, C. 2007. Los textiles de Pulacayo y las relaciones entre Tiwanaku y San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1):85-98.
- Agüero, C., y M. Uribe. 2011. Las sociedades formativas de San Pedro de Atacama: asentamiento, cronología y proceso. *Estudios Atacameños* 42:53-78.
- Ballester, B. y F. Gallardo. 2011. Prehistoric and historic networks on the Atacama Desert (Northern Chile). *Antiquity* 85:875-889.
- Bate, L.F. 1977. *Arqueología y materialismo histórico*. Ediciones Cultura Popular, México.

- Bate, L.F. 1989. Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 19:5-29.
- Bailey, G. 2007. Time perspectives, palimpsests and the archaeology of time. *Journal of Anthropological Archaeology* 26:198-223.
- Barrett, J.C. 1994. *Fragments from Antiquity: An archaeology of social life in Britain, 2900-1200 BC*. Basil Blackwell, Oxford.
- Barret, J.C. 2004. Temporality and the study of prehistory. En: *Time and temporality in the Ancient world*, editado por R. Rosen, pp. 11-28. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- Binford, L.R. 1962. Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28(2):217-225.
- Bird, J. 1943. *Excavations in northern Chile*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History Vol. 38, New York.
- Bird, J. 1946. The cultural sequence of the north Chilean coast. En: *Handbook of South American Indians*, editado por J. Steward, pp. 587-594. Smithsonian Institution, Washington DC.
- Boisset, G., A. Llagostera y E. Salas. 1969. Excavaciones arqueológicas en Caleta Abtao. Antofagasta. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 75-152. DIBAM, La Serena.
- Buchli, V. y G. Lucas (eds.). 2001. *Archaeologies of the contemporary past*. Routledge, New York.
- Capdeville, A. 1921. Notas acerca de la arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2(3-4):1-23.
- Capdeville, A. 1928. Cómo descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados, en la zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural* 32:348-364.
- Castelleti, J. 2007. *Patrón de asentamiento y uso de recursos a través de la secuencia ocupacional prehispánica en la costa de Taltal*. Memoria para optar al grado de Magíster en Antropología con mención en Arqueología. Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá, Arica.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado. Una breve historia de la arqueología chilena. En: *Chile antes de Chile. Prehistoria*, pp. 9-15. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Dawdy, S. 2010. Clockpunk anthropology and the ruins of Modernity. *Current Anthropology* 51(6):761-793.
- Dawdy, S. 2016. Profane archaeology and the existential dialectics of the city. *Journal of Social Archaeology* 16(1):32-55.
- DeSilvey, C. 2006. Observed decay: telling stories with mutable things. *Journal of Material Culture* 11(3):318-338.
- Fabian, J. 1983. *Time and the other*. Columbia University Press, New York.
- Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate, J. Hidalgo (eds.). 2016. *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Foucault, M. 1978. Nietzsche, genealogy, history. En: *Nietzsche*, editado por J. Richardson y B. Leiter, pp. 139-164. Oxford University Press, Oxford.
- Foucault, M. 1989. *The order of things. An archaeology of the human sciences*. Vintage Books, Random House, New York.
- Gallardo, F. 1998. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas. Parte I. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26:37-41.
- Gallardo, F. 2004. El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del Río Salado (desierto de Atacama, norte de Chile). *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:427-440.
- Gell, A. 1992. *The anthropology of time*. Berg, Oxford.
- Gnecco, C. 2011. De la arqueología del pasado a la arqueología del futuro: anotaciones sobre multiculturalismo y multivocalidad. *Jangua Pana* 10(1):26-42.

- Gnecco, C. y C. Hernández 2008. History and its discontents. Stone statues, native histories, and archaeologists. *Current Anthropology* 49(3):439-466.
- González-Ruibal, A. (ed). 2013. *Reclaiming archaeology. Beyond the tropes of Modernity*. Routledge.
- González-Ruibal, A. 2016. Archaeology and the time of Modernity. *Historical Archaeology* 50(1):144-164.
- Gordillo, G. 2014. *Rubble: The afterlife of destruction*. Duke University Press.
- Haber, A. 1999. Caspinchango, la ruptura metafísica o la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del Noroeste Argentino. *Revista do Museo de Arqueologia e Etnologia* 3:129-141.
- Haraway, D. 1988. Situated knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies* 14:575-599.
- Haraway, D. 1991. *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*. Routledge.
- Harding, S. 1986. *The science question in feminism*. Cornell University Press, Ithaca.
- Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y I. Solimano (eds.). 1989. *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Hodder, I. 2011. Human-thing entanglement: towards an integrated archaeological perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17(1):154-177.
- Hutson, S.R. 2010. *Dwelling, identity, and the Maya: Relational archaeology at Chunchucmil*. Altamira Press, New York.
- Ingold, T. 1993. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25(2):152-174.
- Ingold, T. 2007. Materials against materiality. *Archaeological Dialogues* 14(1):1-16.
- Ingold, T. 2012. Toward an ecology of materials. *Annual Review of Anthropology* 41:427-442.
- Koselleck, R. 2004. *Futures past: on the semantics of historical time*. MIT Press, Cambridge.
- Latcham, R. 1915. Una estación paleolítica en Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 14:85-106.
- Latcham, R. 1929. *Las creencias de los antiguos peruanos*. Imprenta Cervantes, Santiago.
- Latcham, R. 1936. Atacameño archaeology. *American Anthropologist* 38(4):609-619.
- Lazzari, M. 2011. Tangible interventions: The lived landscapes of contemporary archaeology. *Journal of Material Culture* 16(2):171-191.
- Le Paige, G. 1957-1958. Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* 4-5:15-144.
- Le Paige, G. 1958. Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena, época paleolítica. *Revista Universitaria* 43:139-165.
- Le Paige, G. 1964. *El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del período agroalfarero de San Pedro de Atacama*. Anales de la Universidad del Norte 3, Antofagasta.
- Llagostera, A. 1989. Caza y pesca marítima (9000-1000 a.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 57-79. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Llagostera, A. y M.A. Costa. 1999. Patrones de asentamiento en la época agroalfarera de San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 17:175-206.
- Lucas, G. 2004a. Modern disturbances: on the ambiguities of archaeology. *Modernism/Modernity* 11:109-120.
- Lucas, G. 2004b. *The archaeology of time*. Routledge.
- Lumbreras, L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Hístar, Lima.
- Lumbreras, L.G. 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Medina, J.T. 1882. *Los Aborígenes de Chile*. Imprenta Gutenberg, Santiago.

- Mostny, G. 1964. *Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.
- Mostny, G. 1965. Fechas radiocarbónicas de la quebrada de Guatacondo. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 9(105), Abril.
- Munn, N. 1992. The cultural anthropology of time: a critical essay. *Annual Review of Anthropology* 21:93-123.
- Muñoz, I. 1989. El período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Muñoz, I. 2004. El período Formativo en los valles del norte de Chile y sur de Perú: Nuevas evidencias y comentarios. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:213-225.
- Muñoz, I. y J. Chacama. 2012. Transformación del paisaje social en Arica, norte de Chile: de pescadores arcaicos a agricultores incipientes. *Estudios Atacameños* 44:123-140.
- Muñoz, I., C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C., a 1.400 años d.C.). En: *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Editorial Universitaria, Santiago.
- Murra, J. 1968. An Aymara kingdom in 1567. *Ethnohistory* 15(2):115-151.
- Murra, J. 1972. El “control vertical” de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, pp. 59-115. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Murra, J. 1984. Andean Societies. *Annual Review of Anthropology* 13:119-141.
- Núñez, L. 1965. Recientes fechados radiocarbónicos del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1:107-109.
- Núñez, L. 1966. Recientes fechados radiocarbónicos de la arqueología del norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 64-65:32-41.
- Núñez, L. 1969. El primer fechado radiocarbónico del complejo Faldas del Morro en el sitio Tarapacá-40 y algunas discusiones básicas. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 47-58. Museo Arqueológico de La Serena, La Serena.
- Núñez, L. 1974. *La agricultura prehispánica en los Andes Meridionales*. Orbe, Santiago.
- Núñez, L. 1984. *Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el Pacífico en el área Centro Sur Andina*. Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokyo, Tokyo.
- Núñez, L. 1989. Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria. En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 81-106. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Núñez, L. 1995. Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño. En: *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña. Aspectos dinámicos*, editado por L. Pourrut y L. Núñez, pp. 18-60. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la Circumpuna y Valles Occidentales del Centro Sur Andino: hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43:487-531.

- Núñez, P. 2004. Arqueología y cambio social: una visión de género y materialismo histórico para el norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:441-451.
- Oakland, A. O. (1992). Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, north Chile. *Latin American Antiquity* 3(4):316-340.
- Olivier, L. 2004. The past of the present. Archaeological memory and time. *Archaeological Dialogues* 10(2):204-213.
- Olsen, B. 2007. Keeping things at arm's length: a genealogy of asymmetry. *World Archaeology* 39(4):579-588.
- Orellana, M. 1960. Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano. *Anales de la Universidad de Chile* 120:218-229.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Orellana, M. 2012. Los estudios arqueológicos y la Revista Chilena de Historia y Geografía. *Revista Chilena de Historia y Geografía* Número Especial: 37-56.
- Oyarzún, A. 1917. Estación paleolítica de Taltal. En: *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress*, Vol. I, pp. 377-381. Government Printing Press, Washington DC.
- Pratt, M.L. 1992. *Imperial eyes: travel writing and transculturation*. Routledge.
- Rivera, M. 1991. The prehistory of northern Chile: a synthesis. *Journal of World Prehistory* 5(1):1-47.
- Roddick, A. 2013. Temporalities of the Formative Period Taraco Peninsula, Bolivia. *Journal of Social Archaeology* 13(3):287-309.
- Roddick, A., y A. Stahl (ed). 2016. *Knowledge in motion: constellations of learning across time and place*. The University of Arizona Press, Tucson.
- Salazar, D., P. Andrade, C. Borie, M. Escobar, V. Figueroa, C. Flores, L. Olgún, H. Salinas. 2013. Nuevos sitios correspondientes al Complejo Cultural Huentelauquén en la costa de Taltal. *Taltalia* 6:9-19.
- Salazar, D., H. M. Niemeyer, H. Horta, V. Figueroa y G. Manríquez. 2014. Interaction, social identity, agency and change during Middle Horizon San Pedro de Atacama (northern Chile): A multidimensional and interdisciplinary perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 35:135-152.
- Salazar, D., V. Figueroa, P. Andrade, H. Salinas, L. Olgún, X. Power, S. Rebolledo, S. Parra, H. Orellana y J. Urrea. 2015. Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños* 50:7-46.
- Santoro, C. 1980. Fase Azapa, Transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6:45-56.
- Sassaman, K. 2016. A constellation of practice in the experience of sea-level rise. En: *Knowledge in motion: Constellations of learning across time and place*, editado por A. Roddick y A. Stahl, pp. 271-298. The University of Arizona Press, Tucson.
- Sepúlveda, M., L. Cornejo, D. Osorio, M. Uribe, C. Llanos y C. Castillo. 2018. Cazadores recolectores en tiempos formativos. Trayectoria histórica local en la precordillera del extremo norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 50:29-50.
- Shanks, M. 2008. Symmetrical archaeology. *World Archaeology* 3(4):589-596.
- Steward, J. 1972. *Theory of culture change*. University of Illinois Press, Urbana, IL.
- Stoler, A. 2008. Imperial debris: reflections on ruins and ruination. *Current Anthropology* 23(2):191-219.
- Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape: places, paths, and monuments*. Berg, Oxford.

- Torres-Rouff, C., 2011. Hiding inequality beneath prosperity: patterns of cranial injury in Middle Period San Pedro de Atacama, northern Chile. *American Journal of Physical Anthropology* 146(1):28-37.
- Thomas, J. 2004. Archaeology's place in modernity. *Modernism/modernity* 11:17-34.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, estado y sociedad: retrospectiva crítica de la arqueología chilena. *Arqueología Suramericana* 4:122-145.
- Trigger, B. 2006. *A history of archaeological thought* (Segunda edición). Cambridge University Press, New York.
- Trouillot, M. 1995. *Silencing the past: power and the production of history*. Beacon Press, Boston, Mass.
- Uhle, M. 1916. Sobre la estación paleolítica de Taltal: una carta y un informe. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XX(24):47-66.
- Uhle, M. 1974[1917]. Los aborígenes de Arica y el hombre americano. *Chungara* 3:13-21.
- Uribe, M. 2002. Sobre alfarería, cementerios, fases, procesos y la construcción de Atacama en la prehistoria tardía (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22:7-31.
- Uribe, M. 2008. El Formativo: ¿progreso o tragedia social? Reflexiones sobre evolución y complejidad social desde Tarapacá (norte de Chile, Andes Centro Sur). En: *Sed non satiatia II, acercamientos sociales en la arqueología latinoamericana*, editado por F. Acuto y A. Zarankin, pp. 303-324. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Uribe, M. 2012. El período Formativo, la costa de Tarapacá y nuevas posibilidades para una arqueología social latinoamericana en Chile. En: *Arqueología Social Latinoamericana. De la teoría a la praxis*, editado por H. Tantaleán y M. Aguilar, pp. 307-332. Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, Bogotá.
- Uribe, M. y L. Adán. 2004. Acerca del dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:467-480.
- Uribe, M. y L. Adán. 2008. Evolución social a través de la prehistoria tardía de Pica-Tarapacá (Norte Grande de Chile). En: *Puentes hacia el pasado. Reflexiones teóricas en arqueología*, editado por D. Jackson, D. Salazar, A. Troncoso, pp. 147-168. Sociedad Chilena de Arqueología, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Uribe, M., L. Adán y C. Agüero. 2002. El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del Desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 DC). *Boletín de Arqueología PUCP* 6:301-336.
- Vargas, I. y M. Sanoja. 1995. La arqueología como ciencia social y su expresión en América Latina. *Revista de Arqueología Americana* 9:141-163.
- Verdesio, G. 2001. Forgotten territorialities: the materiality of indigenous pasts. *Nepantla: Views from South* 2(1):85-114.
- Verdesio, G. 2013. Indigeneity and time: towards a decolonization of archaeological temporal categories and tools. En: *Reclaiming archaeology. Beyond the tropes of Modernity*, editado por G. González-Ruibal, pp. 168-180. Routledge.
- Webmoor, T., Witmore, C. 2008. Things are us! A commentary on human/things relations under the banner of a "social" archaeology. *Norwegian Archaeological Review* 41(1):53-70.
- Witmore, C. 2006. Vision, media, noise and the percolation of time. Symmetrical approaches to the mediation of the material world. *Journal of Material Culture* 11(3):267-292.
- Witmore, C. 2014. Archaeology and the new materialisms. *Journal of Contemporary Archaeology* 1(2):1-44.
- Zammito, J. 2004. Koselleck's philosophy of historical time (s) and the practice of history. *History and Theory* 43:124-135.

## Historia y Arqueología de la Iglesia de San Francisco en Concepción de Penco: Resultados Preliminares

Pedro Andrade<sup>1</sup>, Manuel Rojas<sup>2</sup>, Lía Leyton<sup>3</sup>, Leonardo Soto<sup>4</sup>, Sergio Parra<sup>5</sup>, Sebastián Santana<sup>6</sup>, Katherine Fonseca<sup>7</sup> y Gonzalo Bustos<sup>8</sup>

### Resumen

El presente reporte da cuenta de los primeros hallazgos materiales de la iglesia de San Francisco, ubicada en el Concepción colonial, actual Penco. Una rápida revisión de los antecedentes históricos, materiales descubiertos y fechados realizados, nos permiten interpretar el hallazgo de un sector doméstico y probablemente hospitalario del antiguo claustro franciscano.

*Palabras Clave:* arqueología colonial, iglesia de San Francisco, Concepción

### Abstract

*We present the first findings from the church of San Francisco, at the colonial location of Concepcion, currently Penco. A quick review of the historical documents, recovered materials and obtained dates, make us believe the discovery of a domestic and probable hospital areas of the old Franciscan cloister.*

*Keywords:* colonial archaeology, San Francisco church, Concepción

Desde su fundación en la Bahía de Penco en 1550, Concepción de María Purísima del Nuevo Extremo (Campos 1970), fue asediada y destruida tanto por contingentes Mapuche que resistían a los invasores españoles (Torrejón *et al.* 2002), como también por desastres naturales (Palacios 2012). Durante casi 200 años, la ciudad vivió momentos de decadencia y de bonanza, llegando a ser considerada como capital administrativa (Campos 1970; Torrejón *et al.* 2002) y militar (Valenzuela 2001) del Reino de Chile.

Durante la ocupación española, se instalan en Concepción varias órdenes religiosas, siendo la de los franciscanos una de las primeras en 1559. La ubicación original de la iglesia estaba fuera de la ciudad (Gutiérrez 1994), debiendo ser reconstruida y trasladada al interior de Concepción en 1572 (de la Vega 1990 [1584]) producto del terremoto de 1570, localizándose a pocos metros del estero Penco (Figura 1), cuyas crecidas solían anegar el recinto (Valenzuela 2012). En este lugar, la iglesia

---

1 Carrera de Antropología, Universidad de Concepción. pandradem@udec.cl

2 Center for Climate and Resilience Research (CR)2. Proyecto FONDAP/ CONICYT 15110009. mjerocas@gmail.com

3 Investigadora independiente. lialeyton.c@gmail.com

4 Programa doctorado en antropología UTA-UCN. leosonei@gmail.com

5 Programa de magister en arqueología, Universidad de Chile. sergio.parra.y@ug.uchile.cl

6 Investigador independiente. ssantana.a0109@gmail.com

7 Investigadora independiente. katherine.fonseca.a@gmail.com

8 Museo de la Historia de Penco. gonzalo.bustos.bustos@gmail.com

recibe el nombre de Inmaculada Concepción y cumplió un rol estratégico, ya que, durante el Sitio de Penco, en 1599, el recinto fue fortificado y utilizado como refugio por parte de los habitantes de la ciudad (Cox 2002 [1892]).

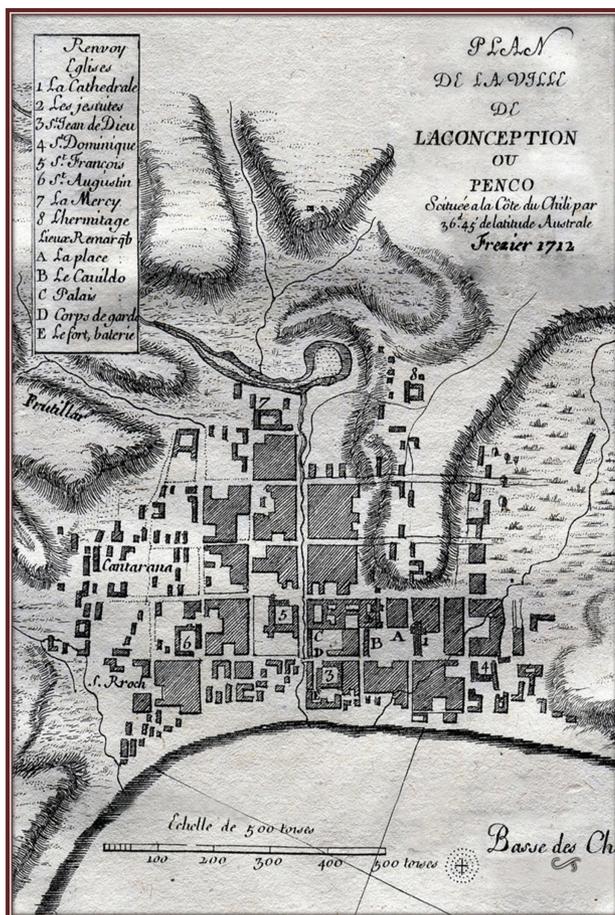


Figura 1: Mapa de Penco por Frezier (1712, en Figueroa 2014). El número 5 indica la ubicación de la iglesia de San Francisco.

Durante el siglo XVII, la iglesia de San Francisco contaba con un convento (Palacios 2012), una casa de estudios (Guarda 2016: 190), una biblioteca (Cook 2008), y sirvió como lugar de entierro de los Gobernadores Alonso de Ribera, Lope de Ulloa y Lemos y Pedro Osoreo de Ulloa (Campos 1970; Cox 2002 [1892]) y de los obispos Luis Jerónimo de Oré (Cook 2008) y Agustín de Cisneros, cuyos restos fueron trasladados desde las ruinas de La Imperial a Concepción por el Marqués de Baidés en 1647 (Cox 2002 [1892]), además de ser el lugar de descanso de varios integrantes de la alta sociedad penquista colonial, contando para este fin con una serie de catacumbas y capillas menores (Steward 2018:91-92). En el año 1602 el obispo Lizárraga otorga a la iglesia de San Francisco la categoría de Catedral y Residencia Episcopal del Obispado de Concepción (Oviedo 1986), estatus que mantendrá hasta el siglo XVIII, cuando se erige la nueva Catedral bajo la administración del Obispo Escandón (Oviedo 1986). En 1627 los franciscanos venden parte de sus propiedades para remodelar y ampliar el convento (Steward 2018:20). Sin embargo, en 1657, la iglesia nuevamente será azotada por un terremoto y maremoto, siendo destruida (Palacios 2012) y luego reconstruida. Luego de este terremoto, la iglesia acogerá temporalmente el cabildo, el cual sufrió mayores daños (Steward

2018:16). Hacia finales del siglo XVII la iglesia cumplía funciones eclesiásticas, de cementerio de los soldados y de hospital (González 1987).

En 1730 un nuevo terremoto destruyó el convento y dejó en malas condiciones la iglesia, siendo anegada por el posterior maremoto (Kordic 1990). Luego de este evento, la iglesia fue reconstruida recién en 1742, mientras que el convento no fue reconstruido, sino trasladado a dependencias de la catedral de la ciudad (Steward 2018: 90). La iglesia continuó funcionando hasta 1751, cuando producto de un nuevo movimiento sísmico es finalmente derrumbada (Palacios 2012).

A pesar de la resiliencia de la población penquista, este último evento ocasionará el traslado de la urbe hasta su actual ubicación en el Valle de la Mocha, denominándose como Concepción de María Santísima de la Luz (González 1987; Guarda 1978:263). La actual ciudad de Penco será reocupada a fines del siglo XIX (Figuroa 2014). Desde este entonces, el reporte de la presencia de evidencia artefactual colonial es común por parte de los vecinos de la ciudad (González 1987).

A la fecha, solo existen dos trabajos arqueológicos reportados en la zona urbana de Penco relacionados a la ocupación colonial. El primero de ellos fue llevado a cabo por Zulema Seguel (2003) en 1967, el cual correspondió a un salvataje realizado en antiguas bodegas industriales, donde aparecieron osamentas humanas, restos arquitectónicos y evidencia ecofactual de distintas materias primas. El segundo fue un rescate realizado por Víctor Bustos (2007), en el mismo sector, pero en el marco de la construcción del Liceo Pencopolitano. Estas labores nuevamente entregaron evidencias de osamentas humanas, contextos domésticos y restos arquitectónicos, lo que el autor indica correspondería a la antigua iglesia de Santo Domingo (Bustos 2007).

En el año 2016, la Ilustre Municipalidad de Penco y la Universidad de Concepción impulsan el proyecto “Rescate de la Memoria de Penco a través de su Patrimonio Arquitectónico”, realizando prospecciones con georradar, las que tienen como resultado la identificación de más de un centenar de locaciones donde se ubicarían restos de estructuras coloniales entre los 1,5 a 3 m de profundidad (Barba *et al.* 2016). Producto de lo anterior, se procedió a sondear arqueológicamente el área donde se localizaría la iglesia de San Francisco (Frezier 1902 [1716]), ocupada actualmente por la Caja de Compensación Los Andes, frente a la Plaza de Los Conquistadores de Penco. Se excavó un área total de 5 m<sup>2</sup>, correspondiente a los sectores de mayor densidad de materiales, según las lecturas del georradar.

Las excavaciones evidenciaron una estratigrafía disturbada que se interrumpe a los 1,2 m de profundidad debido al afloramiento de la napa subterránea. Los factores que intervinieron en los procesos de formación de sitio corresponderían a agentes antrópicos y naturales. Entre los primeros se reconocen las sucesivas construcciones y reconstrucciones de la iglesia y convento de San Francisco; loteos y divisiones de terrenos durante los siglos XIX y XX; construcción y uso del espacio como vivienda, estacionamientos y sectores de áreas verdes interiores. Entre los factores naturales, se considera la crecida del estero en la época invernal, las abundantes precipitaciones de la zona y las características sedimentológicas propias de cada una de las unidades estratigráficas.

En función a lo anterior, se reconocieron cinco unidades estratigráficas generales en el sector excavado (Figura 2). La primera y más superficial, corresponde a una capa vegetal, la cual ha sido intervenida en algunos sectores a través de la pavimentación para huellas vehiculares. La segunda

capa es de composición limo-arenosa y compacta, cuyo ancho promedio es de 30 cm. La tercera capa es de textura limo-arenosa pero con mayor contenido orgánico que la anterior y semi-compacta, con un ancho promedio de 20 cm. La cuarta capa posee una textura limo-arcillosa, presentando un aumento del componente orgánico y semi-compacta, con un ancho promedio de 20 cm. La quinta y más profunda capa, corresponde a un suelo de textura arenosa con inclusiones limo-arcillosas y abundante material orgánico en descomposición. Es esta última unidad estratigráfica la que entra en contacto con la napa subterránea, inundando las excavaciones.

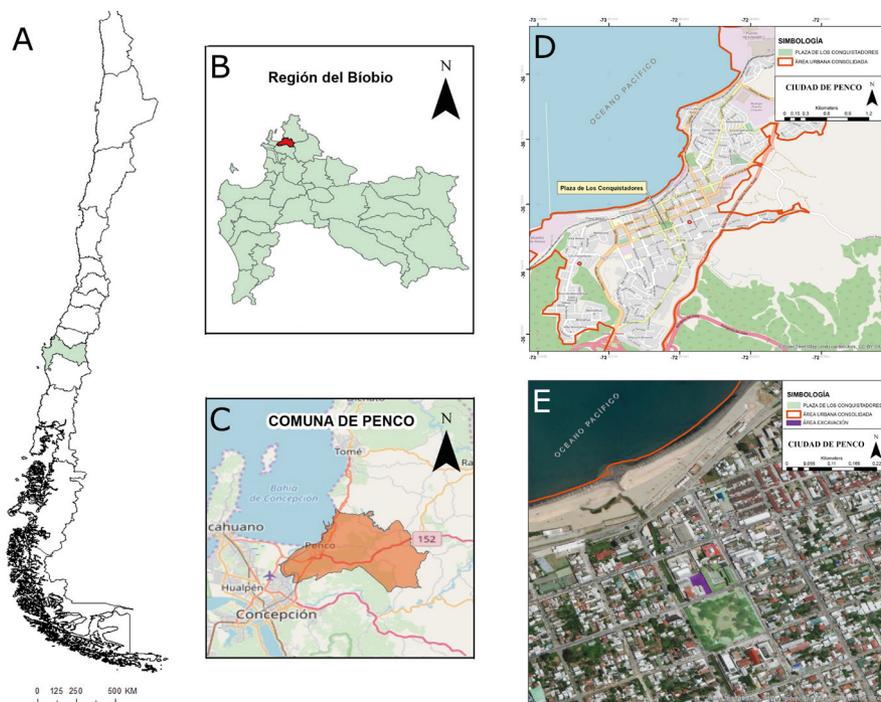


Figura 2: Contextualización a nivel nacional (A), regional (B), comunal (C) y urbano (D) del sector excavado (E).

Las excavaciones permitieron descubrir materiales tanto muebles como inmuebles de tres periodos distintos, los que no se presentan de manera homogénea en las unidades estratigráficas descritas, debido a los procesos de formación de sitios ya descritos. A pesar de esto, los materiales pudieron ser agrupados en tres etapas de ocupación, coincidentes con los conocidos para la ciudad. La primera de ellas corresponde a la ocupación colonial coincidente con el primer asentamiento español de Penco, entre los siglos XVI y XVIII, caracterizada por la presencia de cerámica de factura indígena, mayólica, metales y bienes muebles, y en menor medida vidrio y loza. La segunda abarca desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX, siendo su mayor representante la loza, lo cual es un reflejo de la producción industrial en la zona (Márquez 2018). La tercera corresponde a una ocupación desde la segunda mitad del siglo XX hasta tiempos contemporáneos. En las líneas siguientes se detallarán los materiales que se han asignado a la ocupación colonial.

Bienes inmuebles: tres sectores que presentan este tipo de evidencia. Corresponden a pisos, una estructura colapsada y un muro (Figura 3). En el caso de los dos primeros el principal elemento constructivo corresponde a ladrillos, los cuales presentan características propias de aquellos utilizados en la época colonial (Castillo 2018; Urbina *et al.* 2017). Por su parte, el muro presenta una base de

pedras canteadas y bolones, utilizados como cimientto, para luego presentar tres hileras de ladrillo. Nuevamente, esta es una técnica colonial registrada en otros contextos coloniales de Chile (Castillo 2018; Jorquera y Soto 2016; Urbina *et al.* 2018).



Figura 3: Bienes inmuebles descubiertos. De izquierda a derecha: piso (Pozo 1), muro (Pozo 3) y estructura colapsada (Pozo 1 Extensión).

Metales: en su mayoría presentan un alto grado de oxidación, por lo que –en un primer análisis– muchos de ellos son poco diagnósticos. Sin embargo, se pudo distinguir clavos, remaches, ojos de cerradura y probables materiales quirúrgicos, similares a los descritos por Sotomayor (2009), como una aguja recta y una cureta, ambos ocupados en la época colonial (Figura 4a).

Loza: si bien existen, son pocos los elementos diagnósticos. Se reconocieron fragmentos de loza decorada a mano que corresponderían a un albarello (Figura 4b), vasija utilizada para almacenar medicamentos en las antiguas boticas entre los siglos XVI y XVIII (Castro 2009).

Cerámica monocroma: corresponden a fragmentos de cuerpo y base, de color negro, café rojizo y café (Figura 4c), presentando solo un par decoración de color blanco. Pertenerían a piezas de carácter utilitario y doméstico, ya que muchas de ellas presentan hollín y tizne, siendo similares a aquellas encontradas en contextos coloniales del sur de Chile (Urbina y Adán 2018).

Cerámica mayólica: presentan una baja frecuencia, recuperándose solo 26 fragmentos pequeños, no decorados y decorados (Figura 4d y 4e), correspondientes a los tipos Panamá Liso, Panamá Polícromo A y Panamá Azul sobre Blanco (Urbina *et al.* 2017).

Vidrio: los asignados al periodo colonial presentan defectos de producción, como oxidación y burbujas (Prado *et al.* 2015); donde destaca la presencia del cuerpo de un frasco, probablemente usado como contenedor de medicamentos (Ortiz 2007). También se encontraron varios fragmentos de vidrio opaco, los que presentan pintura posiblemente de oro (Figura 4f).

Misceláneos: existen dos elementos. Una cuenta elaborada sobre una materia prima no determinada (Figura 4g), que a partir de la tipología elaborada por Blair *et al.* (2009), correspondería a un rosario. La segunda se trata de un trozo de pigmento azul de origen mineral (Figura 4h), existiendo varios tipos utilizados en la época colonial con fines decorativos, medicinales y para la escritura (Díaz 2012; Laval 1953; Pita 2015; Seldes *et al.* 1999).

A partir de los restos inmuebles pensamos que el contexto corresponde, probablemente, al convento o claustro a la iglesia de San Francisco. Los restos muebles reafirman esta situación, ya que corresponden a aquellos de uso cotidiano y doméstico, aunque la presencia de muchos elementos quirúrgicos se relacionarían con la existencia de un área hospitalaria, presente en la iglesia de San Francisco a fines del siglo XVII.



Figura 4: Materiales recuperados a) metales, b) loza, c) cerámica, d) mayólica monocroma, e) mayólica decorada, f) vidrio, g) cuenta, h) posible lapislázuli.

Adicionalmente, se realizaron tres fechados a través de la técnica de termolumiscencia, cuyos resultados se pueden observar en la Tabla 1. Estos fechados se condicen con la ocupación colonial del sitio, así como también dan cuenta de una ocupación prehispánica en sector donde se emplazó la iglesia de San Francisco, tal como relatan algunas crónicas de la época de contacto (Torrejón *et al.* 2002). Además, estas fechas corroboran el alto grado de disturbación de las unidades estratigráficas y evidencian los distintos agentes que intervinieron e intervienen actualmente en los procesos de formación del sitio arqueológico.

En el futuro cercano se contará con análisis detallados de las materialidades y se consideran nuevas excavaciones, que esperamos permitan ahondar más en los procesos de resiliencia, transformación y colapso de la población colonial de la antigua ciudad de Concepción.

MUESTRA	DESCRIPCIÓN	UNIDAD DE EXCAVACION	CAPA	NIVEL	EDAD (años AP)	EDAD (años DC)
UCTL 3251	Fragmento de Mayólica	Pozo 4	A	7 (60-70 cm)	415 ± 45	1600
UCTL 3252	Fragmento de cerámica de factura indígena	Pozo 3	C	12 (120-130 cm)	240 ± 30	1775
UCTL 3253	Fragmento de cerámica de factura indígena	Pozo 1 Extensión	C	10 (90-100 cm)	540 ± 60	1475

Tabla 1: Fechados de termolumiscencia obtenidos para el sitio (año base: 2015).

*Agradecimientos:* al Alcalde de Penco, Sr. Víctor Hugo Figueroa, por su interés y apoyo constante; al personal de la Ilustre Municipalidad Penco, especialmente a Carolina Pineda, y al personal de la Caja de Compensación Los Andes, por la buena disposición durante las excavaciones; a Moira Délano, Directora de Relaciones Institucionales de la Universidad de Concepción; a Simón Urbina, Dafna Goldschmidt y Horacio Chiavazza, por sus comentarios sobre los materiales; a Nasri Giacamán y Claudio Álvarez por la realización de la Figura 2; a toda la comunidad de Penco, por permitirnos ser parte de la reconstrucción de su patrimonio; a los evaluadores anónimos del texto por sus valiosos comentarios.

## Referencias Citadas

- Barba, L., A. Ortiz y J. Blancas. 2016. *Estudios con georradar bajo la ciudad de Penco, Chile*. Manuscrito.
- Blair, E., L. Pendleton y P. Francis. 2009. *The Beads of St. Catherines Island*. Anthropological Papers of the American Museum of National History 89, New York.
- Bustos, V. 2007. *Excavación arqueológica de salvamento de un cementerio colonial en la ciudad de Penco*. Manuscrito.
- Campos, F. 1970. Concepción y su historia. *Boletín de la Academia Chilena de Historia* 37:14-147.
- Castillo, M.J. 2018. *Evolución de los sistemas constructivos de los templos religiosos en la zona central de Chile. Siglos XVI al XIX*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago.
- Castro, M. 2009. La vajilla de lujo en Santiago de Compostela en los Siglo XVI y XVII: Aportaciones de la arqueología. *Pontevedra* 22:123-158.
- Cook, N. 2008. Viviendo en las márgenes del Imperio: Luis Jerónimo de Oré y la explotación del otro. *Histórica* XXIII:11-38.
- Cox, G. 2002 [1892]. *Historia de Concepción*. Editorial Biblioteca Miguel de Cervantes, Alicante.
- De la Vega, J. 1990 [1584]. Relación Sumaria de las Cosas de la Provincia de Chile. En: *Orígenes de la Orden Franciscana*, editado por R. Iturriaga. Publicaciones del Archivo Franciscano, Santiago.
- Díaz, S. 2012. Parangón entre dos boticas granadinas del año 1776. *Revista de la Academia Colombiana de la Ciencia* 139:219-235.
- Figueroa, V. 2014. *Libro de oro de la historia de Penco*. Trama Impresiones, Talcahuano.

- Frezier, M. 1902 [1716]. *Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile y el Perú durante los años de 1712, 1713 y 1714*. Imprenta Mejía, Santiago
- González, I. 1987. Concepción de Penco, sus hospitales y cirujanos. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 98:283-301
- Guarda, G. 1978. *Historia urbana del Reino de Chile*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Guarda, G. 2016. *La Edad Media de Chile. Historia de la Iglesia desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé. 1541-1826*. Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Gutiérrez, B. 1994. *Catálogo de las Casas de la Provincia Franciscana de la Santísima Trinidad*. Publicaciones del Archivo Franciscano, Santiago.
- Jorquera, N. y C. Soto. 2016. El subsuelo de la iglesia San Francisco: ¿Una cimentación sismorresistente sobre un estrato prehispánico? *Revista ARQ* 93:107-117.
- Kordic, R. 1990. El terremoto de 1730 visto por el Obispo de Concepción Francisco Antonio de Escandón. *Cuadernos de Historia* 10:209-225.
- Laval, E. 1953. *Botica de los Jesuitas de Santiago*. Asociación Chilena de Asistencia Social, Santiago.
- Márquez, B. 2018. *Cerámica en Penco. Industria y sociedad: 1888-1962*. Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, Trama Editores, Concepción.
- Ortiz, C. 2007. *Botellas de vidrio como marcadores sociales y cronológicos, siglos XVII-XX. Bases para un catálogo arqueológico*. Memoria para optar al grado de magister en antropología. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Oviedo, C. 1986. Los consuetas de las catedrales de Chile, 1689 y 1744. *Revista Chilena de Historia del Derecho* 12:129-154.
- Palacios, A. 2012. Dominio y catástrofe. Los terremotos en Concepción, Chile: 1550-1751. *Anuario de Estudios Americanos* 69(2):569-600.
- Pita, R. 2015. Las boticas en el Nuevo Reino de Granada a finales del periodo colonial: el lento camino hacia la modernidad. *Medicina* 37(3):223-241.
- Prado, C., R. Stehberg, R. Labarca y E. Calás. 2015. Excavaciones arqueológicas en el cuartel general del cuerpo de bomberos de Santiago, Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 64:243-284.
- Seguel, Z. 2003. *Compendio de Notas sobre las investigaciones arqueológicas, en las bahías de Concepción y de Arauco. VIII Región. Chile*. Ediciones de la Universidad Metropolitana de las Ciencias de la Educación, Santiago.
- Seldes, A., J. Burucúa, M. Maier, G. Abad, A. Jáuregui y G. Siracusano. 1999. Blue pigments in South American paintings. *Journal of the American Institute for Conservation* 38(2):100-123.
- Steward, D. 2018. *Historia urbana de la ciudad histórica de Penco: tsunamis, terremotos y guerra (Concepción, 1551-1751)*. Manuscrito.
- Sotomayor, H. 2009. Cirujano licenciado Pedro López de León y su libro *Práctica y Teórica de las Apostemas (Siglo XVII)*. *Repertorio de Cirugía y Medicina* 18(1):53-64.
- Torrejón, F., C. King y P. Virano. 2002. El auge de la ciudad de Concepción en Penco, las variables geohistóricas del Siglo XVII. *Urbano* 5(6):73-79.
- Urbina, S., L. Adán y C. Chamorro. 2017. Carta arqueológica del área fundacional de Valdivia: arquitectura, materiales constructivos y tradiciones cerámicas. *Revista AUS* 21:51-60.
- Urbina, S., L. Adán y C. Chamorro. 2018. Materiales constructivos y arquitectura colonial del área fundacional de Valdivia (S. XVI-XIX). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 12:934-962
- Urbina, S. y L. Adán. 2018. Formaciones urbanas coloniales; historia ocupacional de Valdivia a través de la cerámica (Siglos XV-XIX). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 12:141-173.

Valenzuela, J. 2001. *Las Liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*. Ediciones LOM, Santiago.

Valenzuela, J. 2012. Relaciones jesuitas del terremoto de 1730: Santiago, Valparaíso y Concepción. *Cuadernos de Historia* 37:195-224.



































## COMENTARIOS

### Comentario al texto de Kelly, Fuenzalida, Sierralta, Rebolledo, Águila y Sepúlveda (2019) “Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena”. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras.

Victoria Castro<sup>1</sup>

El Dr. Luis Guillermo Lumbreras Salcedo es un personaje cuya sabiduría cruza fronteras al norte y sur del planeta. Para los efectos de este comentario, es el entrevistado de un colectivo de arqueólogas y arqueólogos que no obstante su juventud, están demostrando su talento a través de publicaciones que podríamos cómodamente situar en el ámbito de las arqueologías contemporáneas con un signo inequívoco de interés por Latinoamérica y Chile, denotando críticamente procesos históricos omitidos, silenciados y poco explícitos de nuestra disciplina en los últimos decenios, particularmente desde mediados de la década de los '70 (véase por ejemplo Carrión *et al.* 2015; Fuenzalida 2011; Fuenzalida y Sierralta 2016; Sierralta 2017, 2020) Al mismo tiempo, sus escritos van construyendo nuevos registros ejemplares en el desarrollo de la disciplina.

Sobre el personaje entrevistado, su vida y su vocación -una sola- se ha escrito y se escribirá mucho. Lo notable siempre, desde donde quiera que sea, es su consecuencia con una orientación teórica y metodológica de una sola línea que resuena en esta entrevista del todo necesaria. Parte de su historia y de nuestra historia. En todo caso, mi comentario trata de versar sobre las preguntas representadas.

Los autores de este texto destacan sus publicaciones de *La Arqueología como Ciencia Social* (1974) que tiene su derrotero bien conocido y nuevamente develado esta vez, siempre con un nuevo trazo. Una de las primeras versiones llega contenida en un libro publicado en Lima (Lumbreras 1974), que, aunque sin revisiones, sirvió para convocar la reunión organizada por el Dr. José Lorenzo en México y en la que participaron varios arqueólogos unidos por una línea teórica marxista. El libro fue reeditado a inicios de la década de los 80, “momento en que se inicia en el Perú una corriente oficial antimarxista delirante” (Lumbreras 1981:9), que en realidad inundaba ya el Cono Sur de América, al tiempo que el positivismo empezaba su enraizamiento paulatino firme y sostenido hasta el presente, gracias a una metodología que hizo posible la incorporación de rigurosas técnicas de análisis.

Ese no era ni es el problema, sino más bien la incapacidad generada en comprender que a la hora de explicar lo que sucede en la sociedad, no solo es posible hacerlo a través de los cánones del positivismo lógico. Y esa es la razón por la cual se buscan caminos diferentes. Todo esto lo dice mucho mejor el propio Lumbreras en aquel prólogo que firma en Lima. Una de los aspectos notables de esta edición es una bibliografía completísima, de la A a la Z siempre de valor formativo (Lumbreras 1981:159-189).

---

1 Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile-Universidad Alberto Hurtado.  
[vcastor53@gmail.com](mailto:vcastor53@gmail.com)

Más de veinte años después, publica un tercer libro, *Arqueología y Sociedad* (2005), que constituye otro significativo y sustantivo aporte en esta línea. Ninguna de sus obras repite la otra; siempre hay nuevos aportes, sin dejar de reiterar su compromiso con una línea interpretativa y explicativa que se hace parte plenamente con su línea de pensamiento y más allá, el ofrecimiento de una base sólida para el quehacer profesional y académico. El libro viene prologado documentadamente por sus editores (González y Del Aguila) y en nuestro país es reseñado por Francisco Gallardo (2006), quien, muchos años antes se hizo la pregunta, “La Arqueología, ¿una ciencia social?” (1983). Sus reflexiones y las de Lumbreras en ese entonces, fueron parte de las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia realizadas en ese entonces. (Suárez *et al.* 1983), que recomiendo releer en su totalidad, no habiendo espacio para una reflexión en torno a lo que nos ocupa. Para cerrar esta sección, Lumbreras deja bien en claro que una cosa son los principios filosóficos e históricos sobre los que propone la arqueología como ciencia en cuanto a interpretación y explicación y otra lo que puede caminar la disciplina paralelamente con las técnicas avanzadas desarrolladas por la llamada Nueva Arqueología en el nivel de registro y análisis.

Kelly y coautores (2019), se preguntan si los objetivos de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL) se han cumplido y si aún tienen sentido; más aún, cuánto ha permeado el quehacer arqueológico en América Latina y el resto del mundo. Qué duda cabe que, a pesar de algunos títulos (véase por ejemplo Aguilar y Tantaleán 2013), es un tema pendiente y necesario como ellos mismos lo señalan.

A menudo en un comentario, uno debe referirse a lo que persiguen el o los autores comentados. Tratándose de una entrevista, no siempre es posible establecer estas separaciones, máxime cuando los autores y el entrevistado me parece que comparten un sentido de la historia como fundamento de base.

Está claro entonces que un punto de partida es “la arqueología como ciencia”, tema sobre el cual Lumbreras destaca la necesidad de probar la materialidad del hecho social, inserto en la propia vida; en la interdigitación de las distintas esferas de realidad de la condición humana siempre presente en las relaciones sociales. En esta primera entrada a la conversación Lumbreras destaca el concepto de “arqueología testimonial” (Lumbreras 2005) y refiere a una conocida y larga discusión que ha sostenido con el arqueólogo Felipe Bate en torno al concepto de cultura.

A la pregunta sobre las discusiones acerca de las diferentes realidades de cada país, como un impedimento para permitir una ASL, Lumbreras se explaya en el contexto y el proceso vivido, en los debates de las reuniones de trabajo y en el mérito de Bate, porque fue “quien construyo esta postura global de la arqueología, este intento de formar una suerte de escuela de arqueología como ciencia social” (Kelly *et al.* 2019:43). Sobresale en este relato el concepto esencial de “categoría”, especialmente aquella de cultura, que en vez de unir separaba, justamente por las distintas percepciones de la realidad que orientaban los diversos contextos históricos y también posturas teóricas diferentes de ese entonces.

La tercera pregunta, da cuenta por un lado de la comprensión del proceso global y concretamente de, que pasó cuando “la institucionalidad se hizo contraria al marxismo y a los procesos de cambio” (Kelly *et al.* 2019:44). Lumbreras hace notar que cada persona y cada país tuvo una historia diferente y que junto al avance demográfico explosivo de las últimas décadas se han producido cambios imprevistos y agregaríamos, de consecuencias insospechadas.

Frente a lo que implica para Lumbreras el materialismo histórico en la ASL, en primer lugar Lumbreras deja fuera el endiosamiento de pensadores como Marx o Lenin. Reconoce sus defectos y virtudes, pero rescata lo que considera esencial “el método de visión del mundo, que parte de esa premisa de que las condiciones materiales determinan la conciencia” (Kelly *et al.* 2019:45). Para él esto es crucial, justamente porque a través de la arqueología, como proceso social, puede enseñarle caminos, abrir propuestas, entender el presente; entender su país y el mundo; en su decir, proyectar. Y aquí personalmente creo que es donde resalta la idea de “los desarrollos desiguales y combinados”; la idea clave de que cada país forma su camino y se relaciona con otros de manera singular, pero los caminos para llegar a una sociedad más justa, se construyen de acuerdo a cada contexto histórico. Y para Lumbreras, un camino más deseable sería el socialismo; no necesariamente posible puesto que hay muchas tesis del marxismo que no están funcionando y que es necesario revisar.

Su crítica al concepto de cultura nació en el seno mismo de los debates con Felipe Bate, en las reuniones en las que discute que es preciso revisar las categorías analíticas con las que trabaja la arqueología, que para él, hasta ahora, las provee el materialismo histórico, pero que se confiesa dispuesto a cambiar si surgieran otras que mejoraran su forma de concebir el mundo de mejor manera. Entonces, son cruciales para Lumbreras “la definición de las fuerzas productivas como elemento motriz del proceso social” (Kelly *et al.* 2019:47).

Para él, la cultura es particular a personas y grupos, pero no es una totalidad. Es demasiado diversa y por supuesto que hay que estudiarla, es el modo de hacer, son las costumbres. Pero en su concepto la arqueología lo que hace es más estructural; rescata “hechos históricos concretos” (Kelly *et al.* 2019:47). De ahí la necesidad de conceptualizar una categoría de análisis como “la unidad arqueológica socialmente significativa” (Lumbreras 205:83-87); este concepto permite referirse a “toda la actividad social”, en cambio, la categoría de cultura, segrega la economía, de la religión y de otros ámbitos de la sociedad. La actividad social contenida en un resto arqueológico es para él, un testimonio, una comprobación de un hecho que ocurrió, un hecho histórico concreto.

Explicita cuan compleja y problemática resulta esta postura, que se la ve como una subversión. Así es como hablar de ASL casi es una condena, es un rótulo de marxista. Es bastante increíble que en pleno siglo XXI se siga condenando gente por pensar diferente, por usar ciertos conceptos; él lo denota muy claramente. Por supuesto también es subversivo por no estar de acuerdo con los cánones establecidos, por tener un compromiso social. Por respetar la historia. Pero Lumbreras no se amilana porque siente que ha sido esta perspectiva la que le ha llevado por la senda del conocimiento que ha aprendido a comprender y explicar las relaciones sociales en distintos niveles de complejidad.

El escrito de Kelly y coautores merece lecturas y conversaciones profundas y creo que es mucho mejor leer la entrevista que este breve y parcial comentario. Todas las generaciones tienen enseñanzas para la construcción de un mundo mejor.

## Arqueología Social Latinoamericana en palabras del Profesor Lumbreras: Retomando los caminos del ídolo invisible.

Dánae Fiore<sup>2</sup>

El camino de la producción teórica en arqueología es fascinante. Y parte de esta fascinación pasa por aprender acerca de cómo un conjunto de personas creó y aplicó un conjunto de conceptos, a partir de sus propias subjetividades, situadas en contextos histórico-sociales específicos, que ellos/ellas mismos estaban intentando transformar. La lectura de esta entrevista nos abre una ventana a uno de estos procesos, el de la construcción de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL), mediante la entrevista a uno de sus principales creadores, el Profesor Luis Guillermo Lumbreras. Agradezco especialmente a Roberto Campbell, Daniela Valenzuela y Marta Alfonso por la invitación a realizar este comentario, que implica una gran responsabilidad tanto por la envergadura del académico entrevistado, como por las implicaciones sociales y políticas que tiene la ASL en Latinoamérica. La cantidad de planos y aristas que ofrece el texto para su posible discusión es vasta, y he seleccionado aquellos que considero arrojan más luz sobre las características principales de la ASL, pensando especialmente en los/las lectores más jóvenes que se introducen a este tema.

La entrevista fue producida por el Grupo de Estudios de Arqueología Crítica, generado en Chile por jóvenes universitarios/as con el propósito de autoformarse en perspectivas teóricas poco trabajadas en los programas de sus carreras: nada más adecuado como agentes de estas indagaciones que jóvenes organizados en un colectivo, persiguiendo completar su formación con ideas de fuera del sistema (“subversivas”, dirá Lumbreras en la entrevista [Kelly *et al.* 2019:49]). Lo llamativo, ciertamente, es que ideas generadas en Latinoamérica en la década de 1970 sigan estando fuera del sistema universitario de países latinoamericanos. Incluso si los/las docentes de esas universidades consideran que son ideas “antiguas” y/o “superadas”, sería beneficioso que la ASL fuera parte de los programas de estudio, con todas las críticas fundamentadas que se quieran hacerle. Sería, además, académicamente correcto el trabajar este tema en las materias de grado, para dar cuenta de la historia regional de nuestra ciencia. Es muy bienvenido entonces que se publique esta entrevista, porque aporta a revertir esa tendencia.

En la introducción previa a la entrevista, los/las entrevistadores mencionan claramente una de las causas del abandono de la enseñanza de la ASL en el ámbito universitario, y también de su uso en la arqueología de Latinoamérica: “De la mano de la neoliberalización del país y del continente latinoamericano, la práctica arqueológica progresivamente se ha despolitizado y mercantilizado.” (Kelly *et al.* 2019:38). Esto de ninguna manera significa que toda la arqueología en nuestros países esté alejada de la política, pero sí es notorio que muchos discursos y prácticas arqueológicas no explicitan las posturas políticas desde las cuales se construye conocimientos sobre el pasado, ni se enlazan éstos conocimientos con el presente. Y digo que no las explicitan, porque las posturas están, solo que frecuentemente están implícitas. Veamos entonces qué visiones expone Lumbreras sobre la ASL.

El primer concepto que quiero comentar es aquel de plantea Lumbreras respecto del materialismo histórico y el materialismo dialéctico, sosteniendo una visión anti-dogmática, que está lejos de la imagen estereotipada de un marxismo ortodoxo en lo teórico y prescriptivo en lo práctico. Esto es

---

2 CONICET-AIA-UBA. danae\_fiore@yahoo.es

notorio cuando dice que “nos caracterizamos por (...) discutir cada una de las cosas que pensamos, o hacemos, y de **reconocer que hay otros que pueden tener la razón**” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:39). Ello se vincula directamente con dos ideas: por una parte, la noción de que la ortodoxia dogmática es lo contrario al crecimiento científico y que, para desarrollarse, la ciencia requiere pruebas. Las pruebas, siguiendo a Lumbreras, son las que permiten sostener –pero también refutar– las afirmaciones que se hacen sobre los datos (afirmaciones tanto ajenas como propias), que el autor vincula con la noción de “arqueología testimonial” (Kelly *et al.* 2019:39). Por otra parte, la noción de que la producción de conocimiento es históricamente situada y subjetiva. En este punto, Lumbreras presenta una noción de subjetividad directamente enraizada teóricamente en el marxismo clásico, cuando afirma que “es el mundo material el que determina la conciencia” (Kelly *et al.* 2019:39); y también muy fundamentada epistemológicamente en el positivismo clásico cuando afirma que “Los criterios con los que trabajamos tienen siempre un fundamento subjetivo, por lo que se debe, entonces, desarrollar elementos de prueba que posean un grado alto de objetividad” (Kelly *et al.* 2019:39). Creo que las pretensiones de obtener un alto grado de objetividad se han desgastado bajo las múltiples y certeras críticas desarrolladas ya por varias décadas desde dentro y fuera de la teoría arqueológica, que han señalado claramente que la construcción de conocimiento está orientada y sesgada por una multiplicidad de factores contextuales y subjetivos. El mismo Lumbreras lo reconoce cuando dice sobre la subjetividad que “**no hay como evadirla**. Tratamos de hacerlo, y el positivismo de alguna manera intentó eso” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:41). A su vez, rescato como noción aún vigente, cardinal e insoslayable, el señalamiento del autor acerca de que en arqueología el trabajo con datos y con materiales es crucial: si bien los datos son interpretables desde variadísimas perspectivas, los materiales responden a una realidad pasada, que nunca conoceremos de manera objetiva, pero cuya materialidad implica que no toda interpretación es igualmente válida ni igualmente analítica, precisamente porque los análisis e interpretaciones derivan de la teoría, pero se fundamentan en datos de la realidad.

Desde el discurso de Lumbreras, y desde la ASL, la noción de realidad es fuerte y no es negociable: me parece una sana postura frente al volátil concepto de que “el pasado no existe” y que “el pasado es una construcción desde el presente”, que ha circulado profusamente a partir de los planteos de la arqueología postprocesual de raíz anglosajona. Las implicaciones sociales y políticas de esas frases postmodernas van mucho más allá de la discusión sobre la objetividad en arqueología, ya que, llevadas a su máxima expresión, niegan precisamente la existencia de los eventos reales que la arqueología pretende estudiar, y los reduce a una mera construcción subjetiva contemporánea, centrada exclusivamente de los/las arqueólogos del presente. Una llamativa paradoja para un marco teórico, que, además, planteó la noción de “multivocalidad”, pero la clausuró cuando se trata de las voces del pasado. Esto no solamente invisibiliza la agencia de los sujetos que produjeron esos “hechos sociales” –*sensu* Lumbreras–, sino que también tiende a negar la contundente existencia de esos hechos, los cuales, en el caso de Latinoamérica, no solo incluyen los eventos de la larga prehistoria regional, sino los numerosos casos de situaciones coloniales y dictaduras del pasado reciente. El pasado no es una construcción desde el presente; el conocimiento del pasado sí lo es. En tal sentido, considero que retomar la concepción de los hechos del pasado como reales (aunque objetivamente inalcanzables), es correcto teóricamente, pero es además una afirmación política de alta relevancia para la arqueología actual.

Este planteo nos lleva al segundo concepto que destaco de la entrevista a Lumbreras, que es el relativo a la multidimensionalidad de las relaciones humanas. Si bien en su discurso este investigador sostiene claramente varios conceptos básicos del materialismo histórico tradicional (ej. “condiciones

materiales de nuestra existencia”, “relaciones sociales de nuestra existencia” [Kelly *et al.* 2019:40]), expresa claramente un rechazo al economicismo por el cual este marco teórico ha sido tan –fundamentadamente– criticado, cuando dice: “Somos personas en las que funciona todo al mismo tiempo” (Kelly *et al.* 2019:40), y citando a Mariátegui sostiene que pensamos con el cerebro, con las manos y con el estómago. Esta sincronía del funcionamiento de muchas dimensiones en una misma persona es también visible en la sociedad, cuando por ejemplo explica que la división entre economía y religión es solamente analítica, pero que, en la realidad, operan de manera conjunta. Si bien esto podría inicialmente parecer una perogrullada, es ciertamente un atinado comentario, en tanto que en arqueología es sumamente común encontrar procesos de reificación de determinadas categorías, asignadas exclusivamente a un tipo específico de material arqueológico. Por ejemplo, la asociación unívoca y estrecha entre subsistencia y economía o entre arte e ideología, que no facilitan la visión multidimensional de cada una de estas esferas de la práctica humana (hay economía en la subsistencia, por supuesto, pero también hay ideología, porque se piensa, se valora y se genera discurso sobre lo que se come – y sobre lo que no se come también).

Esta multidimensionalidad de las relaciones humanas nos lleva a su vez a un tercer concepto central en la entrevista, enunciado claramente por Lumbreras: “nuestra forma de relación tiene una base central que se llama trabajo” (Kelly *et al.* 2019:40). Así, el estudio del proceso de trabajo, incluye pero excede el estudio de las tecnologías y los instrumentos de trabajo, porque el trabajo está implicado en toda forma de relación de las personas entre sí y con la naturaleza. Y en esta relación, que en su materialidad es simultáneamente económica, social, política e ideológica, Lumbreras incluye a los contemporáneos y a los antepasados, a la tierra y a “todo lo que es material de nuestra existencia, incluyendo nuestro cuerpo” (Kelly *et al.* 2019:40). Estas nociones de territorialidad, ancestralidad y corporalidad bien pueden contribuir a la ampliación de una noción renovada de subjetividad humana, de ontología materialista y alcances analíticos muchos más profundos que los originalmente esgrimidos por el materialismo histórico tradicional.

Este énfasis en el concepto de trabajo es crucial, ya que, tal como dice el entrevistado, “Cuando usted estudia el trabajo, está estudiando toda la actividad social.” (Kelly *et al.* 2019:48). Coincido plenamente con esta visión, que, en lo personal, es la que me llevó a estudiar los procesos de trabajo subyacentes a la producción artística, des-configurando la asociación unívoca entre arte e ideología arriba mencionada, para aportar una vía de análisis centrada en la economía del arte. Eso que menciona uno de los entrevistadores como “arqueología del trabajo” (Kelly *et al.* 2019:48) es una postura teórica de un potencial cuasi-infinito, y es para mí uno de los principales aportes de este marco teórico, porque ofrece una enorme riqueza para adentrarse en todas las redes y procedimientos de producción, usos y vínculos con tierras y aguas, materiales y seres, generadas por las personas a lo largo de su existencia. Y no es una visión inocente ni neutra, ya que una arqueología del trabajo implica un amplísimo rango de variabilidad de acciones de las personas y entre personas: no se trata de estudiar solo los procesos de producción, sino también las formas de propiedad, de reciprocidad, de colectivismo, de alienación, de explotación y de desigualdad. Ahora bien, ni los entrevistadores preguntaron, ni Lumbreras mencionó, las formas metodológicas de aplicar estos conceptos al análisis de los materiales arqueológicos. Este fue para mí el flanco más débil de la ASL en sus propuestas originales y una de las causas de su comparativamente baja aceptación dentro de la arqueología latinoamericana, junto con su asociación a posturas políticas marxistas, cuyos fantasmas emergen de las lamentables y repudiables dictaduras militares con apoyo de sectores de las sociedades civiles que ejercieron terrorismo de estado en nuestros países. Si vamos a construir una arqueología del trabajo, debemos insistir en profundizar todas las vías conceptuales

y metodológicas que sirvan para su exploración y análisis, desde las secuencias de producción y las cadenas operativas, desde la arqueología experimental y la arqueología visual, hasta los análisis microscópicos, paleoambientales y tafonómicos, la etnoarqueología, los estudios de género y los trabajos con Comunidades de Pueblos Originarios, que aporten para dar cuenta de la construcción de vínculos –económicos, políticos, afectivos– entre personas, seres vivos de otras especies, objetos, paisajes y ancestros.

Finalmente, queda claro en la entrevista que la ASL ha contribuido efectivamente a definir nuestra disciplina como una práctica que excede en mucho el “contar tuestos” y “hacer tablas” (Kelly *et al.* 2019:42), porque debe ir “más allá del objeto, hacia el estudio de la sociedad” (Kelly *et al.* 2019:47). Eso que ya Gordon Childe –“el ídolo invisible” (Kelly *et al.* 2019:402)– había propuesto hace casi un siglo, se retoma como agenda y se verifica como posible. Una potencial vía metodológica para este camino es la planteada por Lumbreras cuando menciona la necesidad de “una categoría como la de **unidad arqueológica socialmente significativa**, es decir que la unidad arqueológica tenga un significado social que sirva para entender algo de lo que estaba pasando en la sociedad” (el énfasis es mío) (Kelly *et al.* 2019:48), que nos invita como lectores/as a seguir explorando sobre el tema. Porque una arqueología social no solo es posible, sino necesaria, para destrabar los tabiques de la relación pasado–presente en Latinoamérica, para explorar y analizar de manera relacional las múltiples dimensiones que la materialidad adquiere mediante la agencia humana y para construir conocimiento rigurosamente científico, pero socialmente comprometido.

## Referencias

- Aguilar, M. y H. Tantalean. 2013. *Arqueología Social Latinoamericana. De la teorías a la praxis*. Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.
- Fuenzalida N. 2011. Cuartel Terranova análisis de la Configuración espacial en relación a las estrategias de represión y control de los cuerpos de detenidos y torturados. *La Zaranda de Ideas, Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 7:49-63.
- Fuenzalida N. y S. Sierralta. 2016. Panfletos y murales: la resistencia popular a la dictadura chilena (1980-1990). *Revista da Sociedade de Arqueologia Brasileira* 29(2):96-115
- Gallardo, F. 1983. La arqueología ¿una ciencia social? En: *Arqueología y Ciencia: Primeras Jornadas*, editado por L. Suárez, L. Cornejo y F. Gallardo, pp. 90-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Gallardo, F. 2006. *Comentario al libro Arqueología y Sociedad* de Luis Guillermo Lumbreras, 2005, Instituto de Estudios Peruanos, Museo Nacional de Arqueología y Antropología, INDEA, Lima. *Chungara* 38(1):150-151
- Kelly P., N. Fuenzalida, S. Sierralta, S. Rebolledo, N. Águila y J. Sepúlveda. 2019. “Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena”. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:37-52.
- Lumbreras L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima
- Lumbreras L.G. 1981. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones PEISA, Lima.

- Lumbreras L.G. 2005. *Arqueología y Sociedad*, editado por E. González Carre y C. del Aguila. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Sierralta S. 2017. La arqueología chilena en el Gulumapu: narrativa histórica en una zona de conflicto. *Revista Chilena de Antropología* 36:255- 274.
- Sierralta S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Revista Chilena de Antropología. Ahead of print.*



## Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Las contribuciones enviadas serán revisadas por los Editores y al menos dos evaluadores/as anónimos/as, quienes velarán por la pertinencia y calidad del trabajo y sugerirán su publicación con modificaciones menores o mayores o su rechazo.

Los trabajos pueden enviarse en cualquier momento del año.

Las versiones finales de los trabajos aceptados serán publicadas según se desarrolló el proceso editorial de los mismos.

### Instrucciones a los autores

1. Las contribuciones de los autores deben ser originales y no estar en proceso de consideración en otra revista. Su recepción no garantiza su publicación, ya que luego del proceso de evaluación, el comité editorial podrá solicitar cambios tanto de contenido como formales a sus autores, o bien rechazar la publicación del mismo.

2. El Boletín cuenta con una plataforma de publicación en línea ([www.boletin.scha.cl](http://www.boletin.scha.cl)), mediante la cual los autores pueden registrarse y enviar sus manuscritos. El uso de este sistema permite el seguimiento del estado de la revisión de las contribuciones, una comunicación directa entre los autores y el equipo editorial, junto con obtener la contribución en formato digital y en línea, de forma anticipada a la versión impresa. Se debe ingresar a <https://boletin.scha.cl/boletin/index.php/boletin/about/submissions> y completar los pasos que allí se indican.

3. Las contribuciones pueden realizarse a modo de ARTÍCULOS o de REPORTEES. Queda a criterio de los Editores y del Comité Editorial la publicación de otros trabajos, como entrevistas, notas, comentarios, o documentos inéditos.

4. Los ARTÍCULOS, incluyendo todas sus secciones, notas, tablas, figuras y referencias citadas tendrán una extensión máxima de 15000 palabras.

5. Los REPORTEES, incluyendo todas sus secciones, notas, tablas, figuras y referencias citadas tendrán una extensión máxima de 2000 palabras y de tres figuras o tablas.

6. Toda contribución deberá contener obligatoriamente las siguientes secciones en el orden mencionado:

- a) Título principal.
- b) Nombre del o los/las autores/as.
- c) Resumen en español (máximo 150 palabras para ARTÍCULOS y 100 para REPORTEES).
- d) Palabras Clave en español (máximo 5).
- e) Abstract en inglés (máximo 150 palabras para ARTÍCULOS y 100 para REPORTEES).

- f) Keywords en inglés (máximo 5).
- g) Texto.
- h) Agradecimientos (opcional).
- i) Referencias citadas.
- j) Listado de Tablas y sus leyendas.
- k) Listado de Figuras y sus leyendas.

7. Las contribuciones deberán estar escritas en letra Times New Roman tamaño 12, en formato .doc o .docx, con interlineado simple y justificado y con márgenes de 2,5 cm. Los párrafos no deberán tener sangría.

Se deberán numerar las líneas del manuscrito de manera continua, usando la opción números de línea del Microsoft Word (en Diseño de Página en PC y en Formato/Diseño del Documento en Mac).

8. El título principal se presentará centrado, escrito capitalizado (letra inicial en mayúscula) y negrita. No podrá contener notas de ningún tipo.

9. El nombre del o los/las autores/as irá capitalizado y centrado. En nota al pie de la primera página, deberá presentarse en el siguiente orden: filiación institucional y dirección electrónica.

10. El resumen se titulará capitalizado, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las Palabras Clave (título capitalizado), alineadas a la izquierda y escritas en minúsculas.

11. El abstract se titulará capitalizado, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las Keywords (título capitalizado), alineadas a la izquierda y escritas en minúsculas.

12. El texto se iniciará sin la palabra introducción.

13. A lo largo del texto los títulos primarios se escribirán capitalizados, en negrita y centrados. Los títulos secundarios deberán ser escritos capitalizados, normal y alineados a la izquierda. Los títulos terciarios deberán ser escritos capitalizados, en cursiva y alineados a la izquierda.

14. Los agradecimientos se presentarán al finalizar el texto y antes de iniciar las referencias citadas. Se consignará la palabra Agradecimientos capitalizada, cursiva y alineada a la izquierda. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se anotarán los reconocimientos que el autor estime. En esta sección corresponde indicar los créditos a las fuentes de financiamiento correspondientes.

15. Se presentará como notas toda aquella información adicional relevante al texto y que no pueda ser incluida en el mismo. Las notas serán todas a pie de página y deberán numerarse correlativamente con números arábigos. La nota 1 corresponderá a la filiación institucional y dirección electrónica del primer autor.

16. Las citas textuales de menos de tres líneas se integran al párrafo, resaltada por comillas dobles. En los casos en que las citas textuales posean tres o más líneas, se indicarán entre comillas, separadas del texto en párrafo aparte. Toda cita textual en idioma distinto al español debe ponerse en su versión original, y en una nota al pie su traducción al español. Seguido a la traducción en la

nota al pie, indicar entre paréntesis quién realizó la traducción, ej.: (traducción de Juan Pérez), o (la traducción es nuestra) cuando ésta ha sido realizada por los mismos autores del manuscrito.

17. Aparte de los subtítulos terciarios y la expresión *et al.*, el uso de cursivas se usará únicamente para los nombres científicos, palabras y conceptos ajenos al idioma original del manuscrito. El uso de palabras capitalizadas se reserva exclusivamente para los títulos y los nombres propios.

18. El uso de comillas en el texto se restringe exclusivamente a las citas textuales. Comillas simples se emplean únicamente para indicar una cita dentro de otra o si hay comillas originales en el texto que se cita.

19. Las tablas y figuras se indicarán en el texto entre paréntesis, capitalizadas y normal, por ejemplo: (Tabla 1), (Figura 3). Deberán ser numeradas en el orden en que aparecen en el texto. Deberá adjuntarse un listado de Tablas y Figuras en formato .doc o .docx con las respectivas leyendas.

20. Las tablas podrán presentarse como archivos separados del texto en formato .doc, .docx, .xls o .xlsx, o presentarse insertas en el texto mismo, en cuyo caso no deberá ser como imagen.

21. Las figuras comprenden fotografías, dibujos y mapas. Estas deberán presentarse en archivos separados del texto, en escala de grises (publicación en papel) y color (publicación digital), en formato JPG, TIFF, BMP o PNG, con una calidad no inferior a 300 dpi y un tamaño no mayor a 18 x 14 cm.

22. Las citas en el texto se señalarán en paréntesis y con fuente normal. El autor o autores/as y el año de publicación no deberán separarse con coma. En una cita que contenga más de una referencia, éstas se ordenarán alfabéticamente y separadas con punto y coma. La expresión *et al.* (siempre en cursiva) se utilizará para referencias que tengan más de dos autores. Referencias que tengan el mismo autor o autores en el mismo año se las distinguirá con las letras a, b, c, etc. Los trabajos en prensa o manuscritos se indicarán en el texto sólo refiriendo al año y sin siglas como Ms.

Por ejemplo: (Castro *et al.* 2001; Hocquenghem y Peña 1994; Llagostera 1979, 1982; Méndez 2012a, 2012b; Suárez 1981).

23. Los números cardinales serán referidos con palabras si el valor es inferior a nueve, por ejemplo: cuatro cuchillos. Si el valor es superior a nueve, se lo referirá con números, por ejemplo: 58 vasijas; excepto al inicio de un enunciado, por ejemplo: “Cincuenta y ocho vasijas...”.

En el caso de los números que corresponden a medidas, éstas irán con números árabigos seguidos de la abreviación correspondiente sin punto, ejemplos: 5 mm, 5 cm, 5 m, 5 km, 5 msnm, 5 há, 5 m<sup>2</sup>, 5 kg

24. Los fechados radiocarbónicos que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años a.p. sin calibrar, indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y número de muestra, el material fechado y el valor  $\delta^{13}\text{C}$  de estar disponible. Por ejemplo: 1954 $\pm$ 56 a.p., UB 24523, semillas de *Chenopodium quinoa*,  $\delta^{13}\text{C} = -27,9 \text{‰}$

Para los fechados radiocarbónicos calibrados se debe indicar tal condición, la cantidad de sigmas (1 o 2) empleados, junto al programa y curva de calibración utilizados; se puede informar también la probabilidad de los rangos de edad entregados. Por ejemplo: 48 cal. a.C-3 cal. d.C. (p

= 0.105) y 10-222 d.C. ( $p = 0.895$ ) (calibrado a 2 sigmas con el programa CALIB 7.1 [Stuiver *et al.* 2005] y la curva SHCal13 [Hogg *et al.* 2013])

25. Los fechados de termoluminiscencia que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años calendáricos (a.C., d.C.), indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y número de muestra, el material fechado y el año base utilizado. Por ejemplo:  $430 \pm 130$  d.C., UCTL 1537, cerámica, año base 1990.

26. Las coordenadas UTM se expresarán indicando el datum, zona, coordenadas E, coordenadas norte o sur, separados por coma.

Ejemplos:

WGS84, 19K, 370150 E, 7516040 N

WGS84, 18H, 725638 E, 5812890 S

27. La sección de bibliografía se titulará Referencias Citadas, capitalizado, en negrita y centrado. Las referencias serán ordenadas alfabéticamente por apellido y en forma cronológica ascendente para cada autor/a. La información de cada referencia será dispuesta en el siguiente orden: autor/a(es/as), año, título, imprenta, lugar de publicación. Los/las autores/as deberán escribirse capitalizados. Se deberá consignar solamente las iniciales de los nombres de los/las autores/as; cuando haya más de un/a autor/a, solamente para el primero deberá aparecer el apellido antes que el nombre. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se indicará el año, título del trabajo y el resto de las referencias. Sólo la primera palabra del título deberá ir capitalizada. El título de la revista, libro o monografía deberá aparecer en cursiva y no estar escrita usando abreviaturas. Todos los artículos de revista o capítulos de libro deben anotar los números de página correspondientes.

Ejemplos:

- Libro:

Binford, L. 1981. *Bones: ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.

- Libro editado, compilado o coordinado:

Se indicará al autor o autores como "(ed.)", "(eds.)" según corresponda.

Flannery, K. (ed.) 1976. *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, New York.

- Artículo en revista:

Legoupil, D., C. Lefèvre, M. San Román y J. Torres. 2011. Estrategias de subsistencia de cazadores recolectores de Isla Dawson (Estrecho de Magallanes) durante la segunda mitad del Holoceno: primeras aproximaciones. *Magallania* 39(2):153-164.

- Capítulo en libro:

Schiappacasse, V., Castro y H. Niemeyer. 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande de Chile (1000 a 1400 d.C.). En: *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Actas de Congreso como volumen propio:

Dillehay, T. y A. Gordon. 1979. El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche: La mujer casada y el "ketru metawe". *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen I, pp. 303-316. Editorial Kultrún, Santiago.

- Actas de Congreso como parte de una publicación periódica:

Núñez, P. 2004. Arqueología y cambio social: Una visión de género y materialismo histórico para el Norte de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 441-451. Universidad de Tarapacá, Arica.

- Memorias, Tesis o Disertaciones de grado o título:

Artigas, D. 2002. *El sueño esculpido: arte rupestre y memoria del mito en el valle de Canelillo, Provincia de Choapa*. Memoria para optar al título de arqueólogo. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

- Manuscritos en prensa:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), para finalizar con el término En prensa.

Sanhueza, J. 2005. Registro de un cementerio del periodo Formativo en el oasis de Pica (Desierto de Tarapacá). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*. En Prensa.

- Manuscrito inédito:

Se indicará su institución depositaria y su condición de manuscrito.

Gaete, N. 2000. *Salvataje Sitio 10 PM 014 "Monumento Nacional Conchal Piedra Azul"*. Informe Segunda Etapa. Volumen 3. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.

- Sitios o Documentos WEB:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), señalando la fecha de consulta más reciente.

Stuiver, M., P. Reimer y R. Reimer. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation]. <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/index> (1 agosto 2015).